

La Esfera

Año IV ◊ Núm. 171



CIUDAD-REAL

*Musas de Fuencaliente,
rosas de las riberas del Guadiana,
gentiles almagrañas,
mujeres de Daimiel y Calatrava,
las que sois el adorno más preciado
de Argamasilla de Alba,
y por los campos de Montiel risueños
parecéis rojas flores de esperanza...
todas sois Dulcineas
luz, aroma y fragancia,
porque va con vosotras el perfume
del famoso Jabón Heno de Pravia.*



Precio: 50 cénts.

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General

Alivia las
Cortaduras, Quemaduras
Irritaciones, etc.

Crema 'Hazeline'

(Marca de Fábrica)

Favorece la curación rápida y alivia
instantáneamente

Es el Ungüento Ideal de la Familia

Se ven en tarros y tubos en todas las Farmacias y Droguerías

SP.P. 1264

BURROUGHS WELLCOME Y CIA.
LONDRES

All Rights Reserved

FUERA CANAS SIN TEÑIRLAS NI ARRANCARLAS

Gran invento **BRILLANTINA INDIA** (Sin grasa)

Exijase en la etiqueta la **fig.^a de la India (Mca. Rda.)** Producto antiséptico, compuesto de raíces aromáticas. Único que, sin teñir, en pocos días devuelve á las canas su color primitivo. Usándole no salen nunca. Fortifica la raíz del cabello, evita su caída y le devuelve el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raíz, haciéndole perder color y fuerza. Precio, 4 pts. Venta en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor: **PEREZ MARTIN y C.^{as}, MARTI . Y DURAN y J. BARREIRA, Marqués Santa Ana, 11, MADRID.**

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



BAUME BENGUÉ
Curación radical de
**GOTA-REUMATISMOS
NEURALGIAS**

De venta en todas las farmacias y droguerías.



**¡Jamás use un
Pulimento de
Aceite en
Ninguno
de Mis
Muebles!**

Deseo Que Siempre Use
Cera Preparada de

JOHNSON

Forma una capa protectora sobre el barniz, haciendo mayor su duración. Nunca se pondrá pegajosa; por lo tanto, no muestra las manchas de los dedos.

Ni Recogerá el Polvo.

Los pulimentos que contienen aceite retienen todo el polvo y manchan la ropa, etc. La Cera Preparada de Johnson produce un pulido duro y seco dejando la superficie como un espejo.

Tenga Ud. siempre a la mano una caja para pulimentar:

Pisos	Pianos	Automóviles
Linóleo	Muebles	Obra de Madera

De venta en los buenos almacenes.
Invitamos a los comerciantes para que nos escriban.

S. C. Johnson & Son, 244 High Holborn, Londres, E. C., Inglaterra

Proveedores de la  Casa Real Española.

La buena mujer de su casa que conoce el valor del

BOVRIL

nunca se halla sin tenerlo en la casa.

Es tal el valor del BOVRIL para los enfermos que miles de Médicos y enfermeras jamas se hallan sin él.

Agentes:

A. CONRAD Y Ca. (S. en C.), BILBAO.

IMPOTENCIA

curada infaliblemente por las "PILDORAS HERIAL"

10.35 pts. la caja, 27 pts. las 3 cajas franco. Folleto gratis. Farmacia LAIRE, Div. O, 111, r. Turenne, Paris.

PLATA DE LEY AL PESO

Bandejas, cubiertos, vajillas y toda clase de objetos y alhajas de ocasión, vendemos barato.

ESPARTEROS, 16 y 18.—MADRID

RAMOS

Especialidad en bisoños de caballero y pelucas. Premiado con diplomas de grandes premios y medallas de oro.

Huertas, 7, Madrid




En la ESCUELA

BERLITZ

no os enseñaremos más que idiomas, pero os los enseñaremos
:: :: bien :: ::

PRECIADOS, 9

¿Quién hallará una doncella ó dama en su edad madura que lllore por no ser bella, mientras use PECA-CURA?

Jabón, 1,25.—Crema, 1,75.—Polvos, 2 pts.—Agua, 5 pts.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

JULIÁN GONZÁLEZ FRAILE
Sucesor de Serra Paraguas, Sombrillas, Abanicos y Bastones. Arenal, 22 dupl.º

CONSERVAS TREVIANO

LOGROÑO

Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**

La Esfera

7 Abril 1917

Año IV.—Núm. 171

ILUSTRACION MUNDIAL



ECCE-HOMO, tabla del siglo XVI, propiedad de Aureliano de Beruete y Moret

DE LA VIDA QUE PASA

LA PROFECÍA DE EZECHIEL

Se puede aplicar perfectamente á muchos profetas de hoy, variando tan solo el objeto.

EZECHIEL, de estirpe sacerdotal y el tercero entre los profetas mayores, fué llevado prisionero á Babilonia y allí ejerció su ministerio profético durante veinte años, catorce después de la toma de Jerusalén, al mismo tiempo que Jeremías profetizaba en la Ciudad Santa, coincidiendo ambos en sus maravillosas visiones, si bien Ezechiel era tan oscuro en sus imágenes, á fuerza de grandiosidad, que temieron mucho que no fuera comprendido exactamente, y por esta causa dice San Jerónimo que no era permitido entre los hebreos leer el principio ni el fin de su libro sino después de haber cumplido los treinta años de edad, que era la edad necesaria para entrar á ejercer la dignidad sacerdotal.

Yo, por si hubiese lectores de menos años, no reproduzco aquí nada de ese principio ni de ese fin del libro y copio del medio, que es por donde anda la mayor claridad en este texto bíblico.

HABLA YA EZECHIEL.

Versículo I del capítulo XII.—Y vino á mi la palabra del Señor, diciendo:

2.—Hijo de hombre, vaticina contra los profetas de Israel y diles:

3.—¡Ay de los profetas insensatos que siguen su propio espíritu y nada ven!

Es decir, ¡ay de los que se meten á predicar por su propio capricho proponiendo sus imaginaciones como si fueran oráculos inspirados.

4.—Esos profetas—los falsos—son como raposas en los despoblados.

6.—Ven cosas vanas y adivinan mentira, diciendo: Dice el Señor... siendo así que el Señor no los envió.

9.—Y será mi mano sobre esos profetas que ven cosas vanas y adivinan mentira: en el consejo de mi pueblo no entrarán ni entrarán en la tierra de Israel.

10.—Porque engañaron á mi pueblo diciendo: Paz... y no hay paz.

19.—Y me deshonraban para con mi pueblo por un puñado de cebada y por un pedazo de pan para matar las almas que no mueren, mintiendo á mi pueblo, que da crédito á sus mentiras.

Es decir, anunciando muertes y desastres para los buenos é incitando á que los persiguieran, y, por el contrario, anunciando vida y prosperidad á los malvados.

20.—Por tanto, esto dice el Señor Dios: Vedme aquí contra los que cazáis las almas que están volando y las romperé de vuestros brazos y soñaré las que cazáis para que vuelen.

Es decir, que libertará las almas cazadas como pajarillos incautos con el cebo de la lisonja y del engaño.

21.—Y romperé vuestros cabezales, y libraré á mi pueblo de vuestra mano, y sabréis que yo soy el Señor.

Es decir, que les hará ver la verdad, desengañándolos de los falsos profetas y haciéndoles comprender la temeridad y la arrogancia con que se apropian el nombre de profetas, que únicamente debe reservarse para los inspirados por el mismo Dios.

Todo lo que antecede se halla literalmente conforme con el texto y los comentarios insertos al pie del Libro del Antiguo Testamento traducido de la Vulgata Latina y publicado con censura eclesiástica por D. Felipe Scio de S. Miguel en el año 1853, tomo IV, de la Santa Biblia.

¿Pero no es verdad que todo esto parece escrito hoy y para los embaucadores de hoy?

¿No es verdad que hay muchos hombres que se llaman enviados de Dios y pretenden cazar las

almas con el señuelo de una visión profética y de un mandato celestial?

¿No es verdad que hoy convendría, tanto ó quizás con mayor fundamento que en los tiempos mismos de Babilonia y de Jerusalén, que viniera el verdadero Dios á desenmascarar á los falsos profetas y á los temerarios y arrogantes arengadores de pueblos, que ven cosas vanas y adivinan mentira, para hacer daños á los pueblos y en-

Siguen las mismas pasiones, los mismos odios, las mismas avaricias y el mismo afán de hacer servir á la Divinidad al interés particularísimo de unos cuantos.

Ezechiel, si volviera á la tierra, tendría que fustigar las mismas culpas que antes y quitar la careta á personas y personajes muy parecidos á los de entonces.

Todo el bien que han hecho y que hacen á las



El profeta Ezechiel, fresco de Miguel Angel, en el Vaticano

cauzarlos torcidamente por la senda que conduce á su egoísmo, al del falso profeta, y á la perdición y á la ruina de los que en él confían?...

Por las palabras de Ezechiel, por la ira y por los anatemas que lanza apocalíptico contra esa farsa de la mala predicación, y por el relajamiento de costumbres que supone la necesidad de fustigarlas tan duramente y con tan gravísimas amenazas... ¿no es verdad que aquellos tiempos se parecen á estos tiempos y aquellas costumbres á estas?

Cambiamos los trajes, que es lo que más ha variado en la marcha de la Humanidad; aumentamos comodidades materiales, que es en lo que realmente se ha progresado; disminuimos algo de fe, que es en lo que por desdicha retrocedemos, y en lo restante nada veremos modificado.

multitudes los predicadores de la verdad, otro tanto y centuplicado nos causan de daño irreparable los que se atribuyen falsamente una misión inspirada por los cielos para el medro de sus particularísimas conveniencias.

Y se da el caso inexplicable y absurdo de que se persiga criminalmente al logrero que se permite con falsedad hablar en nombre de un alcalde, de un ministro ó de un Rey, y en cambio se tolere y aun se ampare á quien habla como enviado de Dios y como intérprete de sus Altas Voluntades.

Y hay muchos falsos profetas. Y nos hace falta, muchísima falta, que venga de nuevo Ezechiel para soltar las almas cazadas con engaño...

MANUEL LINARES RIVAS

LA ESFERA
LA ESCULTURA RELIGIOSA



LA VIRGEN, SOSTENIENDO EL CADÁVER DE SU DIVINO HIJO
(Escultura en madera, obra de Salvador Carmona, que se conserva en la Catedral de Salamanca)

LA ESFERA

ARTE RELIGIOSO



EL DESCENDIMIENTO

Talia policromada, propiedad de Aureliano de Beruete y Moret

LA PINTURA CLÁSICA



Tríptico de la Crucifixión, atribuido á Coffermaus, de la colección del Sr. Lázaro Galdeano

JUEVES SANTO

Todos los rasgos de la sencillez y de la magestad con que plugo á Dios caracterizar la divinidad del hijo de María, resplandecen en misterioso conjunto y en proporciones más elevadas en el Sacramento de su amor: la adorable Eucaristía.

El prólogo de la Pasión de Cristo, es aquel acto de amor infinito que se hace visible en el invisible misterio de la Cena.

Después de haber sembrado bienes á manos llenas y esparcido Cristo por las ciudades, aldeas y pueblos del mundo la divina semilla de la verdad, acercándose la hora del sacrificio, aprovechó los últimos momentos que estuvo entre los hombres para despedirse tranquilamente de sus discípulos y celebrar con ellos la última Cena, fiesta de las más altas y memorables enseñanzas.

Inflamado en llamas de amor para la Iglesia, instituyó con sus discípulos el admirable Sacramento de la Eucaristía, en el que, oculto bajo las formas de pan y vino, se dió á sus apóstoles, como luego había de darse perpetuamente á los fieles en cuerpo y antes había profetizado, diciendo al pueblo: *«Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida»*.

Mas antes de darse Cristo á sus apóstoles, dícele con valor que entre ellos se hallaba quien maquinaba venderle y que ¡ay! de aquel que en el pecado inicuamente comiese de su carne y bebiese de su sangre, porque comía y bebía la propia condenación.

Consagrando el pan y el vino y comulgando asimismo Jesús y dándose á comer sacramenta-

do á sus discípulos, instituyó un vínculo de eternidad, fuente de todas las suavidades y de todas las glorias.

Poniendo Jesús debajo del pan y del vino su real y verdadero cuerpo y sangre, y sintiendo desbordarse el amor y la ternura que abrigaba hacia las criaturas en su corazón, preludia con los apóstoles en el Cenáculo el mismo sacrificio que pocas horas después debía consumir por diferente modo en el Calvario.

Escrito estaba en el gran libro de los oráculos divinos que el sacerdocio de Cristo sería eterno. Las profecías de Jesucristo, cumplidas en todas sus partes, son un hecho consolador de las generaciones cristianas, en el movimiento de los siglos, que descienden del cielo para venir á visitarnos convertidas en promesas que se cumplen y confirman en prueba de su amor divino que enardece á las almas dóciles.

Al decir que estaría con sus apóstoles hasta la consumación de los tiempos, les ofrecía, además de su existencia perpetua, que también quedaría entre nosotros como Hijo de Dios, humanado en todos los lugares de la tierra, desde los que alumbran los primeros rayos de la aurora hasta los que se bañan con los matices del sol que muere y en los que unánime y constantemente se ofrece el Verbo encarnado en una Hostia inmaculada.

El Divino Salvador, siendo Dios, se hizo hombre; siendo inmenso, se hizo niño; siendo señor, se hizo siervo; descendió desde el seno del Eterno Padre al seno de una Virgen; del cielo á un pesebre; del Trino de la gloria á un patíbulo

de ajusticiados; y cuando iba á dar su sangre y su vida por la salvación de la criatura rebelde, su insaciable caridad le inspiraba la mayor, la más admirable de las invenciones para unirse con el hombre, para enriquecerle, para convertir su pobre pecho en morada real de la divinidad. El, que es tan grande, se encierra en la más exigua pequeñez, se esconde en el pan y, morando allí, ocultos bajo los accidentes del manjar con su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, no sólo habita con los hijos de los hombres perennemente y hasta la consumación de los siglos como tenía prometido, sino que está á disposición de todos para servirnos de alimento, de tal suerte, que consienten que lo coman justos y pecadores.

En la economía de la religión cristiana no hay misterio más sublime que el misterio augusto de la Eucaristía, de la cual y de la candidez de los accidentes de su fórmula, tan sencilla como el *fiat* de la creación, el hombre no es capaz de darse cuenta. El entendimiento se confunde y se pierde cuando pretende escudriñar y comprender las maravillas obradas por Jesús en este grande misterio de su sabiduría y de su bondad, augusto Sacramento de la Religión que nos conduce al cielo. No hay lengua humana ni angélica que pueda cantar sus excelencias ni declarar las grandezas que encierra, porque es sublime legado que no pudo haber sino en un corazón de infinito amor y misericordia y en una inteligencia de infinito poder y sabiduría.

R. MÉNDEZ GAITE

LA SAMARITANA (Fragmento del libro "Las figuras de la Pasión")

Vino una mujer de Samaria á sacar agua. Jesús le dijo: dame de beber.

EVANGELIO.—SAN JUAN; IV, 4.

LOS que venían de las labores, los que estaban en su obrador de artesano, los que holgaban á la sombra del corral de caravanas, el *karwânserâi* que huele calientemente á bestiajes y pueblos, todos la miraban sonriéndole cuando ella salía con su ánfora, recortándose rítmica, fresca y graciosa en el cielo del camino.

El camino, después de los muros de los peseres de tránsito, rodeaba el ejido, y volcándose, retrocediendo, brindando, se hundía en la anchura del valle de Sickem.

Campos arados, campos en reposo; sernas de gleba recién desnuda; verdor jovial de manzanos, de morales y zambos

que se bañan en las fuentes del Garizim; umbrías de terebintos; hazas viejas, calma de olivar, senderos y rediles, humos dormidos...

Es la tierra que compró Abraham para tener las tumbas de su casa; la que mercó Jacob por cien corderos, y la retuvo con su espada y su arco, y se la dió á Josef como porción de mejora de heredad. Allí se levanta la «Encina de la Estela», ancha, solemne, inmóvil y negra sobre el azul; al amparo de su ramaje de forja, consagró Josué la piedra del testimonio de la alianza de su pueblo con Dios, y los sicheimitas ungieron á Abimeleck, y Zebul mintió á Gaal. Allí está el sepulcro de Josef, que todas las tardes tiende la sombra de su bóveda junto á las palmeras que se curvan dulces y cansadas sobre el pozo que cavó Jacob... Tierra grande; extática en la emoción del paso y de la muerte de los patriarcas... Un aullido, un aleteo, un cántico, todo tiembla en la claridad del silencio...

... Y cuando subía la mujer con su ánfora que resudaba palpitante de frescura, la llamaban los hombres desde los albergues. Los de Samaria habían ya contado la renovación placentera del tálamo de la hermosa. Y los ricos mercaderes extranjeros, reluciendo las pupilas, le mostraban el fausto de sus equipajes, y las delicias de los vinos y sabores exóticos de su festín en aquel alto de la ruta.

Pero ella decía:

—¡La plegaria será mi alimento y mi salud! Y murmuraban las gentes de Sickem: «Ya no es Fotina ella misma; porque siempre escuchó los deseos de los hombres con una sonrisa de promesa y se le alzaba el pecho glorioso de amor; y ahora sonríe como adoleciéndose de nosotros, y parece que diga las palabras de Ruth: ¡No me llaméis hermosa, sino amarga! Y no puede llorar muerte de esposo, pues cinco trocó por gusto y hastío de su cuerpo, ni perdió hijo, porque es infecunda, ni se malogró su hacienda que nunca codició y que le es dado juntarla á su antojo con el poder de sus gracias...»

Sola, desamorada, cruzaba las calles de Samaria dejando un casto aroma de paz. Ya no le

ardían los ojos, y daban una lumbrera quieta de remanso con luna. Y cuando un samaritano volvía de caminar, ella le buscaba, preguntándole:

—¿Viste al Señor que lee los más escondidos pensamientos, aquél que siendo judío comió pan de Samaria?

Pero los andariegos de su país no hablaban sino con gentiles; y no trataban con los moradores de Israel sino de empresas de logro.

El Deuteronomio dice. No prestarás por usura al hermano.

Samaria no es tierra hermana de la tierra judía. Samaria se ha prostituído con ídolos bárbaros. Levantó en su monte Garizim un templo de liturgia semejante al culto de Jehová, y le pidió á Antíoco: «Conságralo á Zeus Hellenios, porque nosotros somos sidonianos y nada tenemos con Israel ni en usos...»



JESÚS Y LA SAMARITANA

(Cuadro de Mignard, que se conserva en el Museo de Louvre)

... Ninguno de los que corrían comarcas extrañas trajo nunca noticia del Señor. Y los de Sickem se pasmaban del afán de la hermosa. Y ella decía:

—¡Aquí le visteis y escuchásteis! ¡Cómo pudo deshacerse su recuerdo! ¡Pasó como el Esposo de los Cánticos por los oteros y vergeles! No disteis posada á sus discípulos, y agraviados ellos le pidieron al Señor: «¿Quieres que digamos que descienda fuego y los acabe?» Mas, él les repuso: «No vine á perderlos, sino á salvarlos».

Todas las tardes bajaba la mujer á la sombra de las palmeras del pozo patriarcal, y se sumergía su alma en el silencio para sentir el latido más hondo de la lejanía... Y esperaba al Señor donde había gozado su presencia; le esperaba devanando sus memorias... Fué en una siesta del mes de Sivan. Estaba el valle rubio, maduro y oloroso del aliento del verano. Todo resonaba de elictras ardientes; y entre el hervor gemía una rueda de alfarero.

Junto al ejido halló la mujer doce caminantes; sus mantos viejos, sus sandalias roidas, saltaban la tierra de muchas jornadas. Siendo pobres, había uno que semejaba siervo de los otros, y hollaba pesadamente como un buey flaco cuando labra el erial.

La samaritana les gritó: ¡Llegaos sin recelo, y si nadie os socorre, tomad de lo que hubiere en mi casa; abierta la hallaréis; es la más blanca de todas; suben los jazmines por el muro!...

Y se alejó envuelta del gozoso donaire de su juventud. Y ya casi en la vera del pozo, se detuvo asustada con los rubores dulcísimos que siente la mujer exquisita, aun siendo pecadora.

Un hombre extranjero, recostado en el brocal, aspiraba la pureza y frescura del agua, y dentro del cielo reflejado se veía su imagen con un nimbo de sol.

El hombre alzó los ojos; la miró como un hermano que estuviese esperándola, y le dijo:

—¡Paz en ti!

Otra vez asomóse al espejo azul de las aguas, y confiadamente le pidió:

—¡Dame de beber!

Ella le contemplaba enternecida de su abandono de niño cansado.

Siempre le hablaron los hombres con ufanía de cortejadores, viendo sólo en ella las gracias de hembra. Y el extranjero la había mirado como enlazándola con la emoción de la tarde, y la había escogido para recibir de sus manos la inocencia del agua. La había mirado; había visto que era hermosa, ¡y le pidió agua! Y la mujer sintió entonces el encanto íntimo del agua, del cual parecía que participase su vida, y creyó oír el primer elogio de su belleza renaciéndole un estado de virginidad. Y le sonrió dulce y tímida, diciendo:

—¡Cómo siendo judío me pides de beber á mí, que soy samaritana!

En los ojos del caminante pasó un ímpetu de gloria; y alzóse transfigurándose de niño sediento en padre magno y fuerte, en señor que visita su heredad; y le dijo:

—Si supieses quién es el que te dice: ¡Dame de beber!, tú acudirías á él pidiéndole: ¡Yo no á ti, sino tú á mí dame el agua de la sed mía!

Salieron en la mujer resabios de malicias de rapaza, y se inclinó graciosamente exclamando:

—¡El pozo es hondo! ¿Cómo podrías tú sacar agua sin mí?

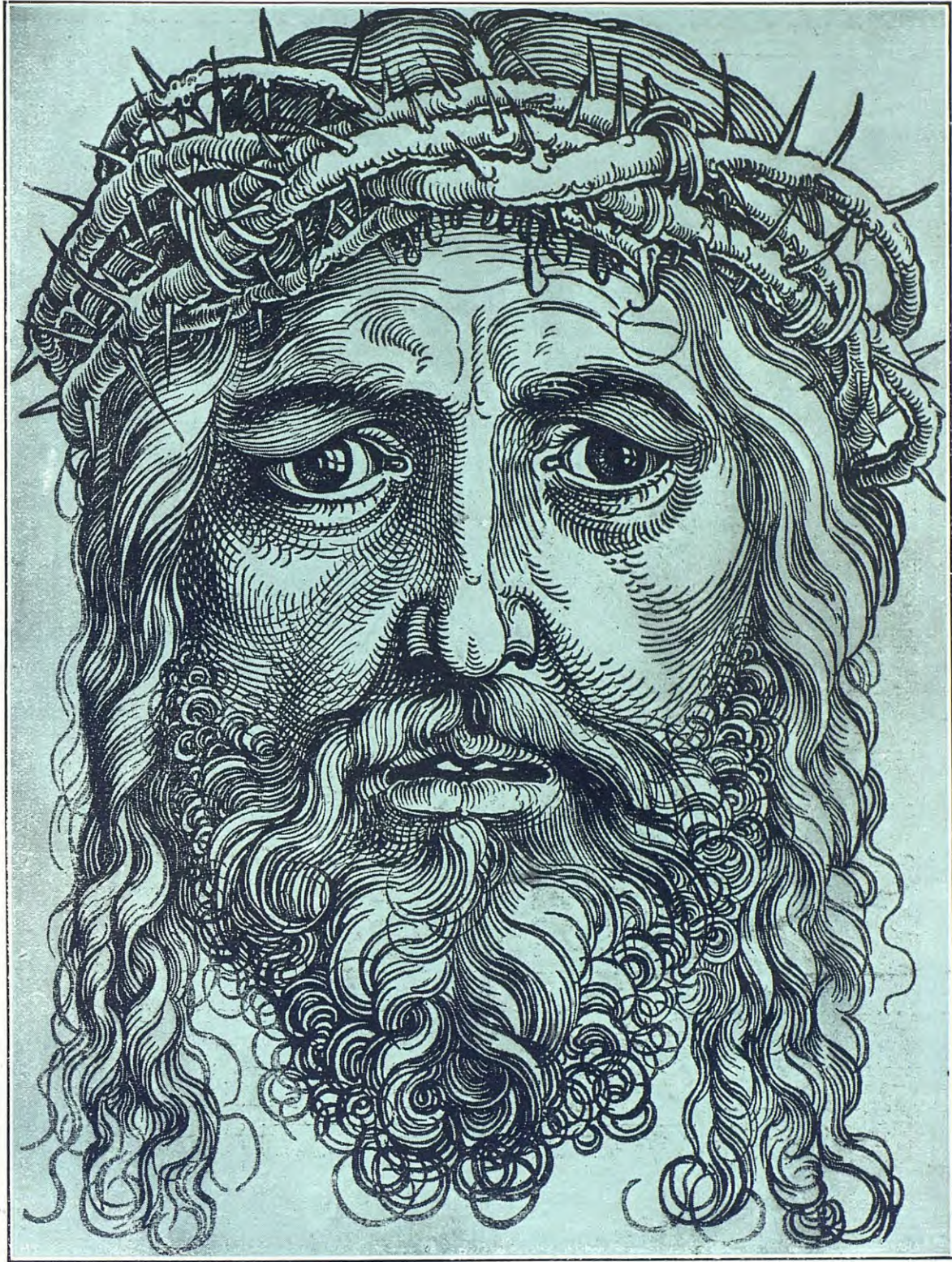
Y le mostraba el cántaro suyo limpio y fresco de juncia y la delgada cuerda ceñida á su talle.

Llegósele el hombre dolorido de compasión. Y la samaritana recogióse en sí misma escuchándole:

—¡Todo el que bebiere de esta agua que tú tomas de la tierra, vuelve á sentir la sed; mas el que bebiere de la que yo alumbro, nunca estará sediento, porque el agua que yo doy se vuelve en el pecho una fuente que salta hasta la vida eterna...

La mujer se le iba postrando sin cuidarse de su figura, ni de los pliegues de su túnica ni de sus trenzas, que se le sumían entre el herbazal; y tendida, humilde y casta, toda hecha de corazón, bajo los ojos y la palabra del extranjero, le imploró con un quejido venturoso:

—Dame, Señor, dame de esa agua viva, que yo no quiero tener más sed!...



GLOSARIO MÍSTICO

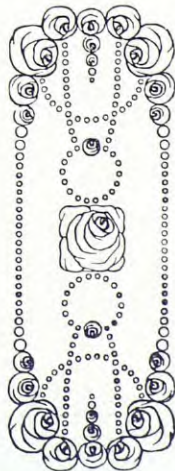
¡Bíblicos rosales de Gethsemani,
que en la tarde pura disteis vuestro olor
á los pies llagados de Nuestro Señor!
A velar el éxtasis del dulce Rabi
tramontó el azul la blanca paloma.
¡El alma del huerto de Gethsemani
como una plegaria le daba su aroma!

ooo

Él trazó las místicas sendas ideales
de nuestras moradas espirituales;
dió vida á los muertos y á los ciegos luz.
Ungió á Magdalena de su santidad
y un negro patíbulo de oprobio y crueldad
convirtió en un símbolo de Gracia: la Cruz.

ooo

El dulce Maestro de Marta y María
palabras lo mismo que estrellas decía
y en un hilo dulce de clara poesía
de su boca exangüe lo Eterno fluyó.



Pero halló á su acento sordo el corazón
del mundo y la vista ciega á su Pasión.
Bíblicos rosales de Gethsemani:
¡volverá la sombra del dulce Rabi?

ooo

Yo en mi ánima espero que vuelva el Señor
ungido de luz, florido en amor;
que vuelva á mostrarnos los claros caminos
á los macerados, tristes peregrinos.
Al alma que, acaso, presente y espera
un nuevo camino, tras la gusanera,
porque á veces siente que, en su fondo interno,
cae una chispita de luz de lo Eterno.

Bíblico rosál que le diste olor,
paloma que arrullos le diste también,
¡otro áureo domingo volverá el Señor
á entrar, entre palmas, en Jerusalén!

E. CARRÉRE

DIBUJO DE DURERO

EL GENIO MELANCÓLICO Y REFLEXIVO
ALBERTO DURERO



"La huida á Egipto" (De "La Vida de la Virgen")
 (Grabados en madera por Alberto Durero)



"La primera caída" (De "La Grande Pasión")

UN orto espléndido precede al meridiano resplandor de Alberto Durero en el arte y en el pensamiento germánicos. Nuremberg lo vió nacer bajo su cielo y él se enorgullecó siempre de tal patria firmando sus escritos y pinturas con las palabras *nóricus civis*.

Nuremberg dejaba en gregaria sombra á todas las ciudades germánicas á fines del siglo xv y comienzos del xvi, en cuya época el genio alemán había de ennoblecer con sus frutos las turbulencias de la Reforma.

Prodigioso espectáculo de material prosperidad, de intelectual grandeza ofrece Nuremberg entonces. Su orfebrería, sus armaduras, sus instrumentos de física y de matemática, sus empresas industriales tenían universal reputación. Un hijo de Nuremberg había inventado el reloj. Martín Behaim descubre, en 1485, el Brasil y el estrecho de Patagonia y construye en 1492 el primer globo terrestre completo. Acababa de ser inventada la imprenta y ya Antonio Koburger publica las obras de Wentzel Jamnitzer y de Hans Lencker, acerca de la *Perspectiva*; los libros de Hans Siebmacher con modelos de orfebrería y de encajes; de Virgil Solís, Paul Flindt y Peter Floetner acerca de vasos y ornamentaciones; de Paul Furst sobre los bordados. Pierkheimer y Cameranius humanizaban la evolución de las ideas; Melanchton fundaba el Gimnasio. Las corporaciones ponían escrupulos cuidado en no dar á la venta sino obras perfectas señaladas con la *N* célebre y destruían aquellas defectuosas, castigando con severas multas á los fundidores que pudieran perjudicar al prestigio de la ciudad. El comercio exportaba á Italia, Hungría, Francia, Polonia y Holanda. Recibía por Ausburgo los orientales tesoros y los remitía por Esfurth á los países del Norte. Los hijos de las familias ricas hacían sus estudios en las escuelas superiores de Bolonia, Padua y

Pavia. Traían de Italia, con el gusto de las artes y de las ciencias, la práctica inteligencia y el prestigio fecundo. Y en las calles tortuosas, de edificios que aún hoy conservan todo su romántico encanto y en las que sonaba el manso rumor de las aguas del Pegnitz, iban y venían los armoniosos vuelos del «ruiseñor de Widenberg», los *lieder* salidos de la zapatería de Hans Sachs, el más significado de los Meistersinger...

Eneas Sylvius, el secretario del Emperador Federico III, que luego fué papa bajo el nombre de Pio II, llamaba á la ciudad la más bella del mundo, aquella en «la cual los simples burgueses vivían mejor que los reyes de Escocia».

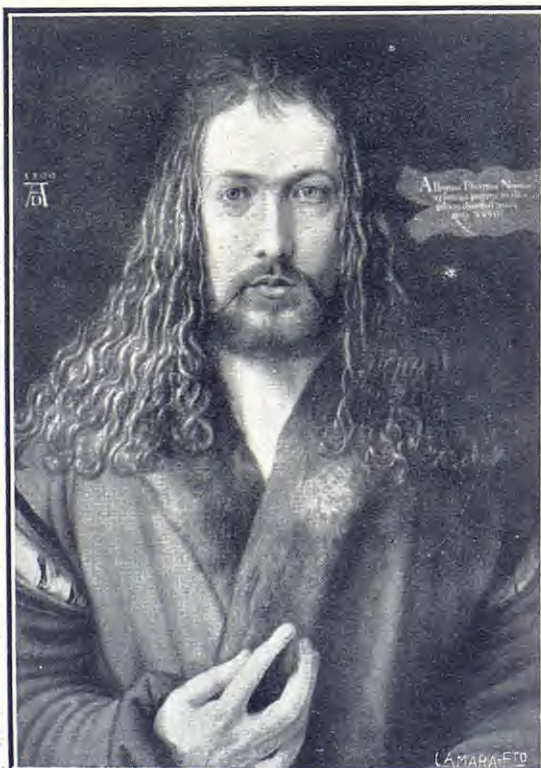
Y sin embargo...

Niebla la melancolía este período de la historia germánica. La sombra de Lutero empieza á entenebrecer los espíritus despojándoles de la poesía católica. No les liberta, les entristece. Les despoja de ingenuas y tiernas creencias y no les da suficiente claridad especulativa. Un esfuerzo austero y enérgico imprime á las conciencias, pero las hace el amargo don del pesimismo.

¿Es esto lo que hay en toda la obra de Alberto Durero, tan poderosa, tan profunda, tan terrible en su inmovible *violencia reposada*, pero tan desconsoladora é insatisfecha de sí misma?

Tal vez. No se olvide que por encima del esplendor artístico, de la riqueza industrial, del intelectual renacimiento, Nuremberg era como el símbolo de Alemania.

Mientras Italia, por ejemplo, daba á su arte las paganas mitológicas y ponía la inspiración como una mirada de amante sobre las inmortales bellezas clásicas; mientras España y Francia sentían animado su latinismo por este soplo embalsamado de jardines helénicos y de marinas azulosidades mediterráneas, la reforma extraía las raíces del espíritu germánico. Un ansia



Autorretrato de Alberto Durero
 (P. nacoteca de Munich)

insaciable, angustiosa, devoradora, de saber, de romper sellos enigmáticos, describir secretos y de bucear en los abismos hondos del propio pensamiento, conmovía a Nuremberg, como a toda Alemania... Y nada le importaba cuanto la hacía próspera, fecunda, poderosa y admirada.

Así el genio del arte alemán reflejaba este reflexivo y melancólico descontento del vivir, aun en medio de sus triunfos, á pesar de que es adulado por reyes y pueblos. El emperador Maximiliano le trata como amigo; Lutero le consulta sus estudios filosóficos; en Venecia es obsequiado como príncipe en victorioso retorno, en Flandes los hosteleros se negaban á cobrarle el hospedaje y solicitaban como un favor un nimio dibujo ó un simple autógrafo; la Princesa Margarita le obsequia y enriquece. En Roma sus grabados se cotizan á altos precios y Rafael le suplica cambio de ellos por dibujos. A su estudio de Nuremberg acuden con los prohombres de la ciudad como Pirkheimer y Melanchton, los más ilustres artistas que escuchan sus palabras como revelaciones de oráculo...

Y, no obstante, Alberto Durero languidece de melancolía. Se refugia en los grabados en madera, en cobre, al agua fuerte, como un filósofo en sus meditaciones. Alterna con las *Instrucciones para medir con la regla y el compás*, con las *Instrucciones para la fortificación de ciudades* y los cuatro libros de las *Proporciones humanas*, sus *Confesiones*, sus *Diarios de viaje*, sus cartas al consejero Wilibaldo Pirkheimer, una de las cuales muestra bien claro su pesimismo ciego para la felicidad presente y enfermo de clarividencia para el dolor futuro. Es cuando crea las figuras *Adán y Eva*, que conservamos en nuestro Museo del Prado y que son, en la belleza de sus formas, como un eco de la estancia en Venecia. «¡Oh!—escribe á su amigo, desde Italia—¡Qué frío tendré después de este sol! Aquí soy un señor; allá abajo (en Nuremberg), seré otra vez un pobre artesano. »

Y en otro instante de desaliento se considera pequeño é incapaz de mayores empresas literarias y artísticas.

«Otros vendrán, estoy seguro, que escribirán de estas mismas materias y pintarán mejor que yo; porque no me engaño respecto del valor verdadero de mis obras y de sus defectos. ¡Ojalá pudiera Dios concederme el ver las obras y

aprender el arte de los grandes maestros futuros! ¡Cuántas veces he adivinado en mis ensueños magnas obras artísticas y he visto bellísimas cosas que luego se desvanecían al despertar, perdiendo hasta el recuerdo dulce que en mí dejaron. Que nadie se avergüence pues, de



«Mi mujer», retrato por Durero

aprender, porque una gran obra requiere consejo y estudio!»

Y más aun que en sus escritos hallamos la tristeza de este alma atormentada en los grabados. Es aquí, en las obras concebidas después de largas cogitaciones brotadas, como un sudor de agonía de los textos evangélicos donde Alberto Durero desnuda el espíritu y le ofrece á los siglos. Es en la *Grande Pasión* y en la *Pequeña Pasión*, en la *Vida de la Virgen*, en las *Alegorías del Apocalipsis*, en las *Armas de la Muerte*. Es, sobre todo, en esos tres grabados supremos que se titulan *San Jerónimo en su cel-*

da, El Caballero, la Muerte y el Diablo y Melancolía.

San Jerónimo, que representa la paz armónica y serena del creyente, envuelto en la luz polícroma de la vidriera gótica—aquellas vidrieras que Melanchton aconsejó que respetaran «porque nunca fueron objeto de culto católico»—y expresión feliz de la quietud dulce y reposada que nunca pudo encontrar el espíritu del artista.

El Caballero, que cabalgando desdeñoso é indiferente de la muerte y del diablo, sus compañeros de camino, es acaso Martín Lutero. En la frente que oprime el casco, en la expresión dura y altiva del enérgico rostro, se adivinan las palabras que hoy suenan á profecía: «Y cuando el mundo será pleno de demonios que quieran devorarnos, nada tendremos que temer y triunfaremos en todo.»

Por último, el Angel meditabundo y grandioso de *Melancolía*, envuelto en la luz boreal, fría y triste, es el propio artista escéptico, acuciado por todas las preguntas sin respuesta...

Incluso la del amor. Porque tal vez esta enorme sensación de amargura, de desesperación reflexiva que causa la obra de Alberto Durero, nazca de que su vida fué moldeada por unas manos torpes y zafias de mujer.

Estas manos fueron las de Inés Frey, la hija de Hans Frey, con quien casó á los veintidós años, «el lunes antes de la fiesta de Santa Margarita» y á quien ofreció su retrato con las palabras *Min sach die gats es oben schtat.*

No; no fué «su suerte la que el cielo quiso», sino la que Inés Frey, la vulgar, la desligada de las inquietudes sentimentales, la demasiado prosaica, la enferma de avaricia y de incomprensión estética, envenenó enconadamente, implacablemente, para siempre.

«Buscad siempre la mujer» dice el proverbio y en «el genio melancólico y reflexivo» hay que buscarla también. En ella piensa el Angel sombrío de *Melancolía*. En ella pensó el artista cuando le nombraba «mi maestra de cálculo» al redactar su testamento poco tiempo antes de morir. Ella, la que tal vez sintiera un tardío remordimiento cuando el hombre que tanto la amó se fué de la vida el 6 de Abril de 1528, el hombre que inspiró á Lutero unas palabras emocionadas y ardientes.

SILVIO LAGO



El Caballero, la Muerte y el Diablo



Melancolía

(Grabados en cobre de Alberto Durero)

ARTE CLÁSICO ALEMÁN



JESÚS DESPIDIÉNDOSE DE LA VIRGEN

Grabado en madera, de la serie "La vida de la Virgen", original de Alberto Dürero

LAS OBRAS MAESTRAS DEL GRABADO



LA RESURRECCIÓN

Grabado en madera, de la serie "La grande Pasión", original de Alberto Durero



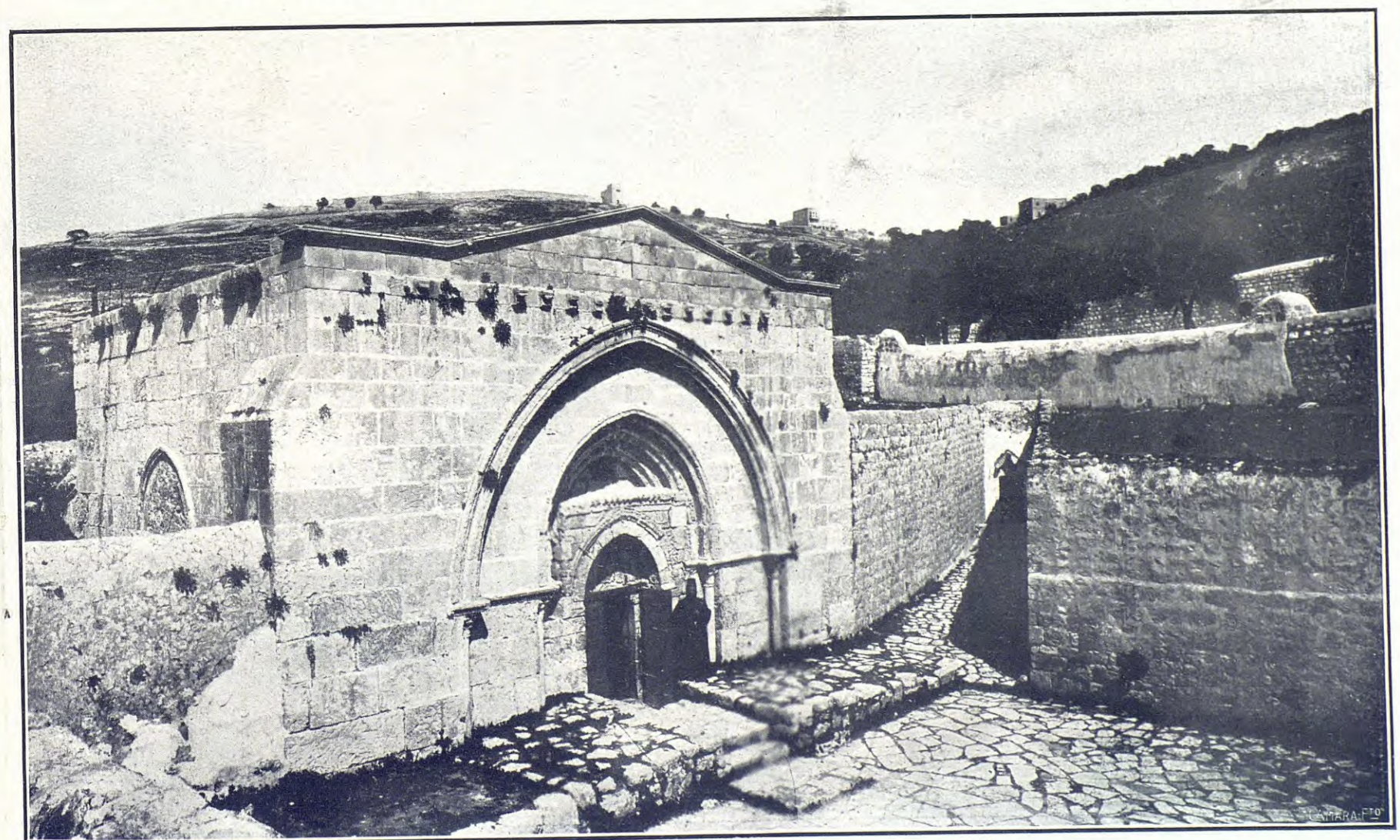
Vista general de la mezquita "El Aksa", en Monte Sión



Mezquita de Omar y Tribunal de David, en Monte Sión

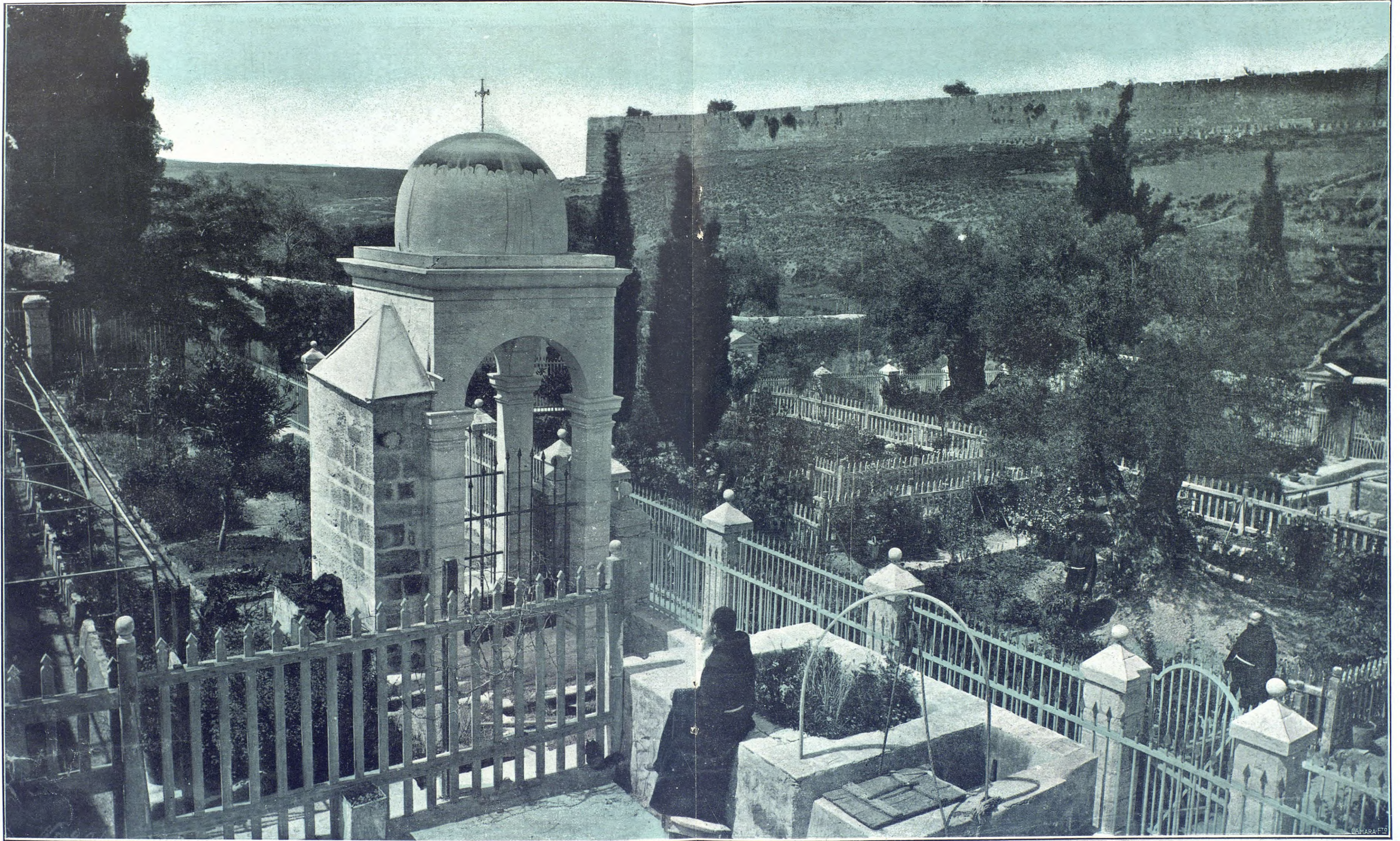


Fontana de los apóstoles Ain-el-Hod



Vista exterior de la tumba de la Virgen Maria en Monte Sión

EL HUERTO DE GETSEMANÍ



EN LA SAGRADA TIERRA DEL SANTO HUERTO, DONDE CAYÓ LA DULCE SIMIENTE DEL LLANTO DE JESÚS, HOY FLORECEN LOS ROSALES DE LA FE

Cuentos Españoles

EL MANTÓN DE MANILA

La suerte, siempre tan enredadora y amiga de soliviantar á las criaturas, quiso una vez que á Lolita Ruiz le tocara, en el sorteo del «Bar» de la esquina, el primer premio. Y aquella vez el primer premio consistía en un mantón de Manila, fastuoso y magnífico, con flores imposiblemente carnosas y flecos largos y suavísimos, entre los que apetecía hundir los dedos para sentir ese deleite tan sedante del agua de un regato cuando interrumpimos con nuestra mano su trenza borbollante y clara.

La suerte cayó en el pecho de Lolita y en el taller donde trabajaba Lolita lo mismo que una bomba.

El mantón filipino resolvía de pronto, y con la apetecida brillantéz, un problema que atosigaba no poco á la muchacha por aquel tiempo. Habían llegado los días de la Semana Santa, época, como es sabido, en que el sentimiento religioso, piadosamente exacerbado, estimula en las muchachas su ingénita coquetería.

Mientras en tantos hogares matritenses se desempolvaban levitas y mantillas de blonda para conmemorar, entre estallidos de claveles y ráfagas de naftalina, el drama cruento del Gólgota, Lolita y dos compañeras suyas de oficio dieron los últimos pespuntos á su proyecto. El cual consistía en visitar el viernes Santo, con los novios respectivos, la «Cara de Dios», alquilar un «simón» y pasarse la mañanita despreciando olímpicamente, desde lo alto del coche, á los pobretucos peatones que se rebullían en la acera, asfixiados por el polvo, el humo de las churrerías, los codazos de los romeros electrizados y los pisotones de las excelentes madres de familia.

Lolita cerró los ojos extasiada. ¡Ir á la romería famosa «de mantón», envuelta en aquella gloria rutilante, deliciosamente secuestrada en aquel jardín de seda y de luz que tantos años había visto lucir á otras criaturas más afortunadas!...

—Pero ¿y si no me deja mi madre?

—¿Por qué, simple?—inquirió Patro, ahuevando los ojos con sugestiva estupefacción.

—Le dices que vienes con nosotras. Que es cosa de la maestra—azuzó Pilar.

—¿Y mi Paco?

—Tu Paco no debe saber nada, porque si lo sabe querrá que te estés en casita ó que le acompañes al Retiro para decirnos unas cuantas cursilerías superferolíticas. ¡Así que no es celoso tu niño ni aborrece la bulla! Parece un cartujo. Déjale, chica, no le digas ná, y tal día hizo un año...

Alegó nuevas razones, no por especiosas, menos convincentes, la rubia Patrocinio, y Lolita, percatándose por primera vez de lo penumbroso, triste y desmayado de su vida de menestrala, sometida tal vez prematuramente á un amor «formal», apacible y sin alternativas borrascosas de las que le depuran, acabó por ceder.

Jamás había mentido á su novio. Jamás paladeó la agridulce pulpa de una inconsecuencia, por nimia que fuese. Precocemente condenada á vivir, vivía sin rebelarse, atenta á lo venidero, que debía emanciparla, y olvidando las tentaciones del presente, tan persuasivas é invencibles cuando se tiene un palmito gentil y unos ojos retrecheros. La misma madre no dejaba de reconocerlo así algunas veces, viendo desojarse á su hija sobre la labor en noches de vela. ¡Pobre mocita, resignada, que en vez de basar un tráfico redentor en su belleza, la abandonaba, heroicamente, á la voracidad de lo honesto y lo sancionado! Cuando vió entrar á su niña con el hermoso pañolón encendido en flores y en luces, sintetizó hondamente su amargura maternal:

—Alguna vez habías de tener un poco de suerte, hija! Por el novio que te ha tocado, no sé lo que podrían dar en una *kremés* de desesperás. Pero eso—dijo aludiendo al mantón madrileño—supone á cualquier hora cincuenta ó sesenta duros en la primera casa de empeños. Sin contar con que á la papeleta se le *puén* sacar otros pocos...

ooo

Reprochándose una vez más el embuste con que pudo engañar á «su Paco», Lolita saltó del lecho el Viernes Santo cuando todavía la mañana no había desgarrado las brumas cenicientas del crepúsculo.

Vaciló aún penosamente. Más de una vez se

sintió resuelta á dejar insatisfecho su pueril afán. Pero apenas se puso el mantón y corrió á mirarse al espejo, disipáronse de pronto congojas, volaron inquietudes, huyeron preocupaciones. Otra Lolita nueva, como transfigurada, no presentada ni aun bajo las más disculpables crisis de vanidad femenina, acababa de surgir en la lámina de cristal. Eran unos ojos ardiendo sobre un montón de rosas vivas. Era un relámpago de cuyo seno salía la llamada humana de una mujer que sonreía, extasiada de vivir. Era un arco iris palpitante, trémulo, deslumbrador; un torbellino luminoso; una prodigiosa cascada de colores que se derramaba por el pecho y por la espalda y por los flancos, arrancando á la lí-

lemnemente, cual si temiera caer y romperse toda ella, sintiéndose frágil, frágil y quebradiza como nunca.

ooo

La gloriosa pesadumbre del pañolón, enroscado en su cuerpecillo con invencibles bríos de liana, comunicó á Lolita un ímpetu nuevo. Cuando se unió, ya en la calle, á Patro y á Pilar—á las que acompañaban sus novios respectivos y otro hombre, buen mozo y con las manos convenientemente enjovadas para no resultar demasiado borroso—, la muchacha sintió, si bien confusamente, que la tierra que pisaba se le sometía y que el aire que estaba bebiendo era más fresco y oloroso que otras mañanas.



nea sutiles estremecimientos melódicos y envolviendo la escultura de carne en una delirante exaltación que jamás hubiera podido esperarse de ningún trozo de tela, aun con estar bordada y tejida como aquella por los geniecillos de la voluptuosidad del ritmo y de la tentación.

Lolita, cuyo rostro y brazos emergían de la prenda maravillosa como resplandores cuajados, hundiose en aquel narcisismo femineil que tantos y decisivos surcos viene abriendo en el hormiguero humano. Satisfecha de su fortuna último el tocado, con el concurso amoroso de la madre, que, en un fugitivo remozamiento de su senectud, todavía supo hincar con gentil desgaire la alta peña y dejar ardiendo, entre el cabello, la bermeja pincelada de un manojo de claveles.

—¿Te aguarda «ese»?—inquirió la vieja al despedir á su hija.

—¡No que no!—mintió Lolita taconeando con arrogancia que arrancó al piso un estremecimiento de placer. Y se lanzó escaleras abajo so-

Subieron todos al coche; colocáronse ellas en la parte posterior, sobre la abatida capota, y, por milagro de la eminencia que ocupaban, las tres mocitas, esponjadas dentro de su mantón, adquirieron ese continente señorial y estatuario tan de desfile público, en el que se funden la petulancia y el hieratismo más teatrales.

La calle de la Princesa reía, como todos los años por la misma época, con su risa demasiado plebeya y agria, indulgentemente favorecida por el sol. Los devotos romeros se agolpaban delante de la ermita, más desasosegados que reverentes y con mayor algazara que compostura. Hendían, rajaban, obscurecían y caldeaban el aire los mil instrumentos músicos, las mil freidurías, los mil pregones, gritos y voces que todos los años por Semana Santa se dan cita en aquella parte de Madrid donde el holgorio se disfraza de romería y la conmemoración degenera en desenfreno. Por la amplia calzada iban y venían los carruajes atestados de carne vociferadora, levantisca é incivil, y en las aceras se prensaba

el gentío, sudoroso, piropeante y glotón. La algazara ardía; el polvo iba adensándose; el sol comenzaba a picar con ímpetu creciente, y ese sordo rumor, como de pleamar, que surge de la muchedumbre, se prolongaba de un extremo á otro de la calle, á la que en vano la luz y el ruido pretendían infundirle algo que equivaliera á su alma.

Todo ello Lolita lo curioseaba atentamente desde su trono accidental. Habían dado dos ó tres vueltas los del coche á la calle y entre todos ellos imperaba un estrecha camaradería. El buen mozo de las sortijas, Luis, no tardó en enhebrar el palique con Lola, y Lola tampoco se mostró reacia en avivarlo y sostenerlo. De vez en vez el carruaje hacía un alto. Siempre—no sabemos si por casualidad—había delante del coche un establecimiento de bebidas. Al principio, Lola se había limitado á humedecer el vaso con sus labios gordezuelos y rojos; pero, alentada por sus compañeras, mostrase menos rebelde á las reiteradas incitaciones del vinillo de marca. Luego menudearon las compras de vituallas; Luis supo mostrarse rumboso y, no se sabe cómo, brotaron en el mismo centro del coche unas cuantas botellas que acabaron de establecer, según el bondadoso Galileo quería, la más tierna fraternidad entre los hombres y las mujeres.

Patro, Pilar y sus novios, con las pupilas brillantes y los labios resecos, canturreaban, aplaudían, interpelaban á los transeúntes. De coche á coche, los brindis y las procacidades iniciaron el cambio. Lolita, fascinada, ebria de ruido, de sol, de felicidad, acabó alborotando más que todos. Luis, con el cinismo del alcohol, acosaba rendidamente á la muchacha...

—Pero, chiquilla, ¿quién te conoce?—susurró una vez junto al oído de ella Pilar.

—Hija, estoy muy contenta.

—Ya, ya se ve.

—Bueno, ¿y qué pasa con ello? ¿Es envidia ó caridad?

—Mujer—replicó la amiga amostazándose—, es que tengo un poquitín de miedo. Imagínate que de pronto nos encontrásemos á tu Paquito de tu alma.

El recuerdo del novio no inmutó á la muchacha.

—¡Bah—hizo desdenosa, envolviéndose en su mantón y viendo á sus pies á la muchedumbre— ¿Quién te manda á ti mentar cosas tristes?

—¿Pero tiene usted novio?—inquirió el nuevo amigo de Lola.

La chiquilla le miró con sonrisa retozona.

—No haga usted caso.

Clavó Luis con ansia sus ojos en los de Lola y descorchó otra botella colmada de oro, hirviendo.

—Por esos ojos que me están matando.

—Por los de usted—lanzó Lola.

Patro y Pilar quedaron atónitas. ¿Era posible? Aquella loca empezaba á achisparse. Jamás la habían visto tan osada, tan impúdica y tan locuaz como aquel día. Quisieron amonestarla, aunque tíbamente. Ellas habían bebido también y su moral adquiría elasticidades increíbles. Pero los respectivos novios las obligaron á callar dándoles un codazo significativo.

Lola, cuya hermosura alababan los romeros desde la acera y los carruajes, sonreía triunfal. Desde lo alto del coche, fulgiendo bajo el sol sus ojos y las aves fabulosas y las flores enormes del mantón, reconocía ahora, con infantil pero hondo amargor, lo inútil, lo estúpidamente inútil de su vida de menestrala. ¿No era hermosa? ¿No se lo repetían aquellos hombres en plena algazara callejera, entre infinidad de mujeres exhibidas y paseadas fanfarronamente como en un zoco? ¿Por qué seguir sometida á la servidumbre del dedal y del novio humilde y del porvenir angustioso? Y de nuevo la chiquilla se erguía jactanciosa dentro de aquel jardín de seda y de luz que avivaba sus optimismos y metamorfoseaba tan gustosamente sus convicciones antiguas.

Al filo del mediodía las costureras hablaron de retirarse á su casa, donde las aguardarían para comer. La calle de la Princesa iba quedando menos concurrida. Los pregones, con su bestial eufonía, resonaban de tarde en tarde. Flotaba en el ambiente como un eco moribundo de la garrulería pasada.

—Vámonos, chica—dijo Patro.

—Como queráis—murmuró Lolita tíbamente, mirando á Luis.

—¿Qué es eso?—opuso éste—; Ahora en lo mejor del día, van ustedes á marcharse! Tú, cochero, arrea. A la Bombilla... Tenemos que comer todos juntos. Pa cuatro días que va uno á vivir...

Patro quiso protestar, pero su novio aprobó la propuesta. Pilar se encontró en el mismo caso. Lola...

Lola palmoteó ruidosamente; besuqueó con furia á sus compañeras, y en el frenesí de su júbilo, como expresión suprema del placer que la abrumaba, se puso á cantar *Marina*.

ooo

Ya bien entrada la noche regresaba el carruaje lentamente. Los amigos que le ocupaban iban, uno sobre otros, semidormidos ó atontados de la bebida. Lola, como sonámbula, se dejaba oprimir las manos por el hombre aquel, que le hablaba de amor con voz áspera y torpe.

El recuerdo del novio dócil y enamorado esfumábase entre las brumas de la inconsciencia.

Avanzaba el «simón» por el centro de la corte



y la chiquilla, ante el acoso salaz de Luis, que arreciaba, comenzó á sentir cierta inquietud. De los templos salía una muchedumbre rumorosa y pia que se agitaba confusamente. Lola se irguió, de pronto, como despertando, y lanzó un grito.

El cochero volvió la cabeza, deteniendo el coche. Del hacinamiento de carne se elevaba una humareda densa. Lola, palpándose nerviosamente, ahogó otro grito y se puso, de un salto, en pie.

—¿Qué te pasa, tonta?—preguntó Luis.

El mantón de Manila—el suyo—estaba ardiendo por una de las puntas.

Removiéndose con la presteza que le fué posible entre aquel amasijo de carne borracha, dió un empellón á Luis, el cual, rijosamente, trataba de retenerla en sus brazos, y saltó á la acera.

—¿Por quién me ha tomado usted, estúpido—gimió.

Acercáronse varios curiosos atraídos por las voces. En un segundo Lola se dió cuenta de lo ocurrido, y el instinto de conservación dió alas á sus pies. Allá, en el coche, enredado y humeante, dejó la hermosa prenda, á la que el cigarro de aquel hombre había, inadvertidamente, prendido fuego.

Libre del mantón, Lola echó á correr, trémula y asqueada. En vano el salaz quiso seguirla. Como una sombra rompió ella el círculo de curiosos y, ciega de ira, de sorpresa y de sonrojo, siguió á lo largo de la calle...

ooo

Al subir la escalera de su casa la chiquilla lanzó un hondo suspiro de bienestar. El airecillo nocturno y lo atolondrado de la carrera habían acabado de despejarla. Sentíase más ágil, como si la hubiesen quitado un enorme peso de encima.

La madre, alarmada, la acogió severamente. Pero Lola supo urdir un pretexto y con cuatro besos calmó á la vieja. Sólo cuando la chiquilla, otra vez frente al espejo, buscó en su rostro las huellas de aquella jornada, echó de menos el mantón. Delante del cristal veíase como el día anterior, pequeña, insignificante, vulgar, sin halo y sin relieve. ¿Lo lloró? ¿Lo bendijo?... Ello fué que la costurerita se sintió repentinamente reintegrada á su vida normal y que la hechicería de aquel infierno de seda en el que pudo abrazarse había desaparecido. Durante muchas noches el relámpago chinesco aleteó en la alcoba de la pobre muchacha, poblándola de claridades alucinantes. Bajo ellas, el espíritu de Lola se tornasolaba también. Hay prendas que envenenan y sugestionan lo mismo que si fuesen mensajeras del Diablo...

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJOS DE MARÍN



PÁGINAS POÉTICAS

FLOR DE PIEDAD



*Te he visto entre luces, humilde y piadosa,
cerca de la reja de un confesonario,
pasando en silencio, contrita y llorosa,
las doradas hojas del devocionario.
Pálida tu frente, que es siempre de rosa,
tenía en su campo blancuras de cirio,
tus ojos brillaban con luz milagrosa,
rezaban tus labios con voz angustiada
y eras con tu augusta palidez de lirio
soberana imagen de una dolorosa
que tiene en el pecho flores de martirio.
Bajo la alta nave del templo severo,
búcaro sagrado de juncia y romero,
sonaban llorando las Lamentaciones
y el aire esparcía como un esenciero
olas de perfumes y ondas de oraciones.
Deslumbraba el oro de las cofradías,
pasaban en alto las cruces sagradas,
cien voces fingieron un mar de armonías,
y al trueno de un coro de notas bravías
brillaron coronas, banderas y espadas.
Rasgaron el aire lejanas saetas,
cegó el haz de rayos de las bayonetas
que hirió el esplendente sol primaveral,
y sobre un desfile de luces inquietas
tocó un alarido de recias trompetas
la Marcha Real.*

□□□

*Tú, en tanto, rezabas piadosa y contrita
en el misterioso rincón solitario,
junto a los pilares del agua bendita,
pasando las hojas del devocionario.
Entre tus nevados dedos señoriles
como un libro de oro brillaba el rosario,
que es el confidente de tus veinte abries,
sorprende de noche tus sueños gentiles
y te abre la reja del confesonario.*

*Los rizos de seda caían marchitos
besando amorosos tu pálida frente,
como si estuvieran de dolor contritos,
y en tus rojos labios, mil veces benditos,
había un piadoso murmullo doliente.
Y con lento ritmo tu pecho se erguía
colmando en secreto sus ansias cristianas,
y era el dulce trono donde se mecía
un ramo pomposo de flores tempranas.
¡Flores de encendidos colores galanos
que abrieron sus hojas sobre tu balcón,
bajo la caricia de tus blancas manos,
y son con sus rojos colores lozanos
como unas sangrientas rosas de pasión!*

□□□

*Saliste del templo... Tus ojos de mora
eran dos estrellas bajo la mantilla;
tu cara tenía resplandor de aurora,
como si salieras, reina y triunfadora,
del más perfumado rincón de Sevilla.
Pisabas la calle graciosa y ligera,
dejando el obscuro templo solitario,
y al viento los rizos de tu cabellera
tenían inquieto llamear de incensario.
Entre tus devotas manos señoriles
brillaban los broches del devocionario,
y eran en tus dedos de finos perfiles
un canto de gloria de tus veinte abries
las cuentas de oro del santo rosario.
Cruzaron el aire piropos a miles
cantando tu altivo mirar de manola,
gracia de otro tiempo, flor del Avapiés,
y cayó en el suelo la capa española
para ser alfombra de tus regios pies.*

ARTE RELIGIOSO



“Ecce Homo” del Guercino, que se conserva en uno de los Museos de Roma

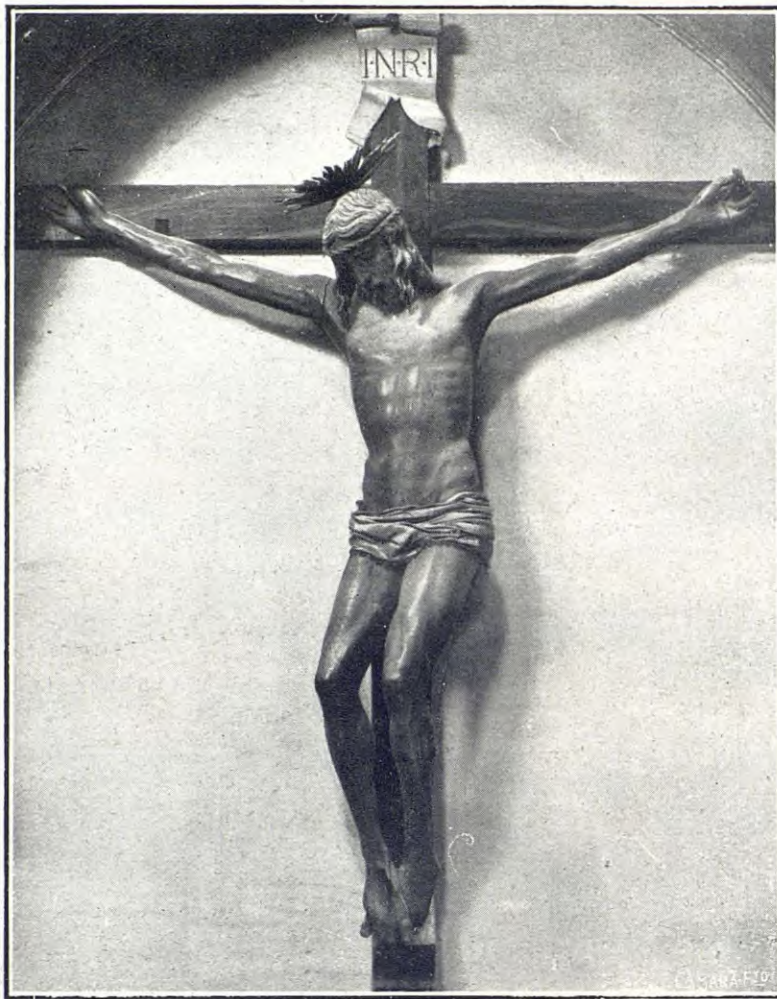
LOS CRISTOS RIVALES

La obra de arte tiene además de su valor real el valor de evocación, que es quizás más fuerte, más sugeridor, más dramático. Pocos asuntos han movido tanto a los artistas como la representación de Cristo en la Cruz; no hay uno sólo de los *grandes* que no haya ocupado su cincel ó sus pinceles en la imagen del Crucificado. Así, hay una familia de Cristos cuyos rasgos salientes permiten asignarles la generación á que pertenecen. Los del siglo VIII—primeros que aparecen, apartándose del Pez y los demás símbolos—tienen los brazos muy extendidos, los cabellos largos, la cabeza levantada, con su corona de espinas, y una amplia enaguilla que les cubre hasta la pierna. En el siglo X la túnica se acorta, la cabeza se inclina melancólicamente, y en los siglos XI y XII se sigue acentuando esta nota patética; el artista se complace en hacer los Cristos demacrados, heridos, con la cabellera enmarañada y revuelta, la barba más hirsuta y la corona de espinas de tamaño mayor. Durante los siglos XIII y XIV parece que el Cristo se desprende de la cruz, y de sus heridas y sus manos se hace chorrear la sangre en abundancia; pero con el alba del Renacimiento ya la figura adquiere un valor más real, más humano; hay cada día mayor afición á la verdad, se lucha por conservar el elemento romántico en la desnudez del realismo. Los artistas pintan con modelo y se esfuerzan por poner en los semblantes de sus amadas la pureza de las vírgenes y en los cuerpos musculosos de los aldeanos los rasgos espirituales del Hombre Dios.

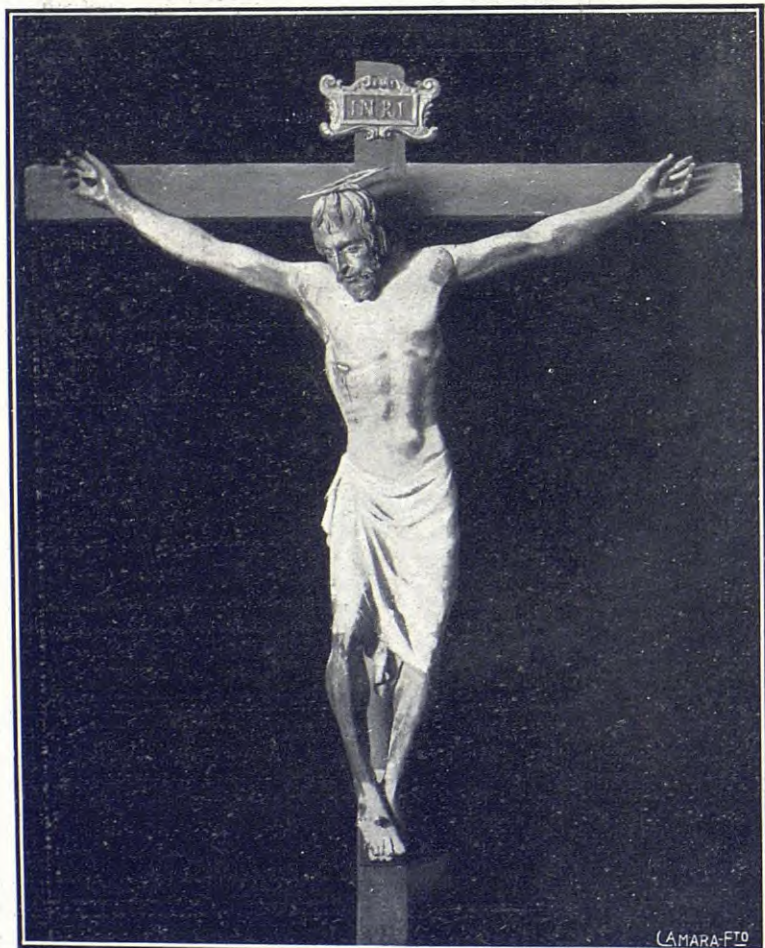
De esta época son estos dos Cristos tallados en madera por Donatello y Brunelleschi que aún podemos admirar en Florencia, en Santa Cruz el uno y en Santa María Nueva el otro. No son, tal vez, más importantes, desde el punto de vista artístico, que otros muchos Crucificados que existen en todos los templos de la cristiandad y en todos los museos, en toda esa magnífica floración de Cristos que ha brotado de los troncos secos de los árboles. El mayor encanto de esos dos Cristos está en el nombre de los dos artistas que los ejecutaron: Donatello y Brunelleschi.

Existe una anécdota pintoresca acerca del origen de los dos «Cristos Rivales». Los dos grandes artistas eran de una edad aproximada, ambos habían nacido en el último cuarto del siglo XIV y estaban unidos por esa estrecha amistad apasionada que unió á los grandes artistas de su tiempo. Una amistad fraternal y celosa, llena de nobleza y de celos, de rasgos abnegados y de la terrible competencia que hizo, más tarde, á Andrea del Castagno, asesinar á su mejor amigo, Domenico Viniziano. Estos famosos artistas, que no especializaban en su educación y que eran á la vez escultores, arquitectos, pintores y orfebres, competentes en todo y en todo grandes, animados por el aplauso de su pueblo, el apoyo de sus príncipes y la emulación de sus amigos, tenían su corte en Florencia, la capital de la Toscana, el lugar privilegiado de la tierra, desde donde sus discípulos se desparramaban por las otras ciudades de Italia y por el mundo todo enseñando el arte de dar vida á las piedras.

Brunelleschi se dedicaba más á la arquitectura, empeñado en su lucha con Lorenzo Ghiberti, el famoso autor de la «Puerta del Baptisterio», y con todos los arquitectos famosos en Europa, que consideraban imposible llevar á cabo el proyecto de la cúpula de Santa María dei Fiori, y Do-



Crucifijo esculpido en madera por Brunelleschi, que se encuentra en la iglesia de Santa María Nueva, de Florencia



Cristo esculpido en madera por Donatello, que se encuentra en la iglesia de Santa Cruz, de Florencia

natello prefería la escultura. Cuando Brunelleschi vió el Cristo de su amigo no pudo reprimir un movimiento de disgusto; *esperaba algo mejor*.

Donatello lo conjuró á decirle la verdad de su pensamiento y Felipe Brunelleschi le respondió con franqueza:

—Me parece que has crucificado á un campesino y no has hecho un Cristo que fué más delicado y bello, como el hombre más perfecto que ha existido jamás.

Oyendo esta crítica, Donatello, que esperaba recibir alabanzas, no pudo reprimir su disgusto y exclamó bruscamente:

—Si fuera tan fácil hacer como juzgar, mi Cristo te parecería un Cristo y no un aldeano. Pero toma un leño y prueba á hacer uno tú.

Felipe, sin decir palabra, volvió á su casa y sin que nadie lo supiese se puso á esculpir su Crucificado, y así que lo tuvo terminado invitó á comer con él á Donatello.

Los dos amigos fueron al Mercado Viejo á comprar huevos, queso y otras vituallas para su comida. Se sobrecoge el ánimo al acompañar á los dos hombres, al través de las calles sembradas de palacios de esa Florencia de los Médicis, en la plenitud de su encanto, en el apogeo de su poder. Se evoca la silueta del Bargello, la alta torre de la Señoría, aquella plaza del Duomo donde acababa de alzarse la milagrosa *Torre del Pastor*, como ha llamado Ruskin al campanile del Giotto, con la Catedral en construcción y el Baptisterio esperando el milagro de su puerta. Se piensa en aquella generación de artistas, en aquella tierra donde aún estaban recientes las huellas del Giotto y donde aún resonaba el eco de la voz del Dante y se sigue con emoción los pasos de Donatello que, con el paquete de sus compras, es pérfidamente enviado por su amigo á que lo espere en su estudio.

Al entrar Donatello vió el Crucifijo, y parándose á contemplarlo, lo encontró tan completamente acabado que, lleno de estupor, como fuera de sí, abrió las manos y dejó caer la comida, de modo que se rompieron los huevos y se esparcieron por el suelo todas las cosas; pero él no se daba cuenta y seguía maravillado, como loco.

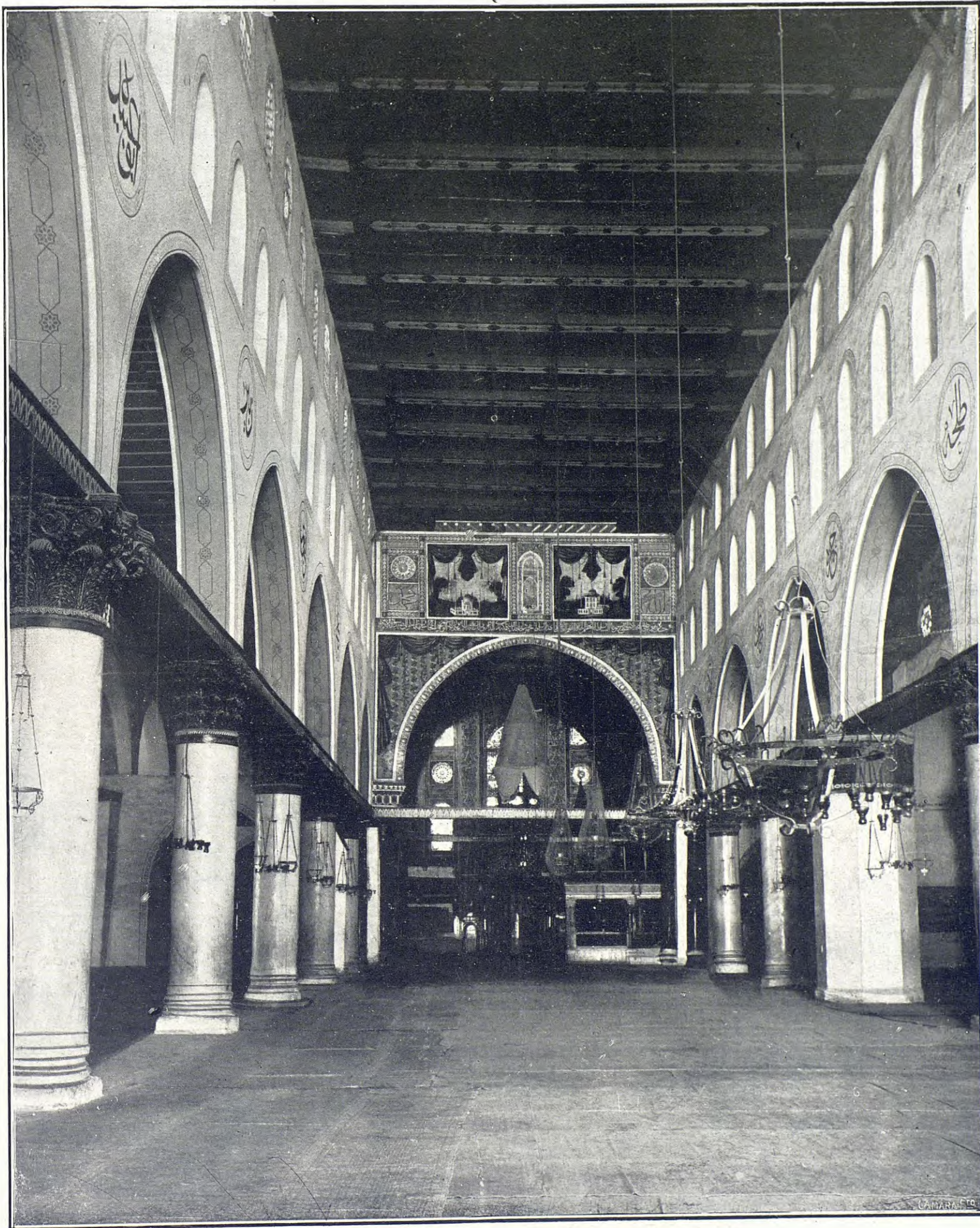
—¿Qué has hecho, Donato? ¿Qué vamos á comer ahora?—preguntó Felipe riendo.

—Yo por mí no quiero nada—respondió él—, si tú quieres tu parte, arréglatelas. Lo cierto es que tú has hecho un Cristo... Y yo un campesino.

Donatello elogió siempre como la gran maravilla de la escultura el Cristo de su amigo. Ahora, con motivo de la guerra, todas estas obras maestras, estos *capo-lavoro*, se cubren bajo sacos de tierra adosados al muro en todas las iglesias de Italia. Los dos Cristos quedarán por algún tiempo ocultos á los admiradores que los buscan, los analizan, los comparan y, en muchos casos, como me sucede á mí, no saben por cuál decidirse... A pesar de la modestia de Donatello, su Campesino tiene toda la divinidad que reside en lo humano.

CARMEN DE BURGOS
«Colombine»

MONUMENTOS DE LA CIUDAD SANTA



INTERIOR DE LA MEZQUITA "EL AKSA"

De entre los numerosos monumentos, verdaderas joyas del arte monumental y arquitectónico, de la Santa Ciudad de Jerusalén, la Mezquita «El Aksa» es una de las más valiosas e interesantes, pues en ella, como en otros templos cristianos, como en otros santos lugares, como en las calles y en los edificios, y hasta en los sillares mismos que forman los muros y los paredones de las murallas y de las casas, el espíritu, toda fe y devoción, del ferviente devoto halla ocasión y motivo de recogimiento espiritual y de meditación profunda y religiosa. La huella redentora que el dulce Jesús fué dejando a su paso surge a los ávidos ojos del creyente, ansioso de litúrgica emoción, no solamente en aquellos sitios

ó lugares conservados hoy todavía sin profanaciones extrañas, sino también en los que no habiendo sido conquistados, para nutrir, como joyas venerandas, el relicario de la Fe, muestran la maravilla de su fábrica y ofrecen la emoción de sus recuerdos.

Tal es la mezquita «El Aksa», joya arquitectónica, contemporánea de Justiniano. Este emperador dedicóla en su época al culto cristiano, constituyéndola en basilica dedicada a Santa María. Después fué convertida al culto musulmán por Omar, y luego, los Cruzados, transformáronla en palacio real, llamado de Salomón, y, por último, con Saladino, volvió a ser mezquita.

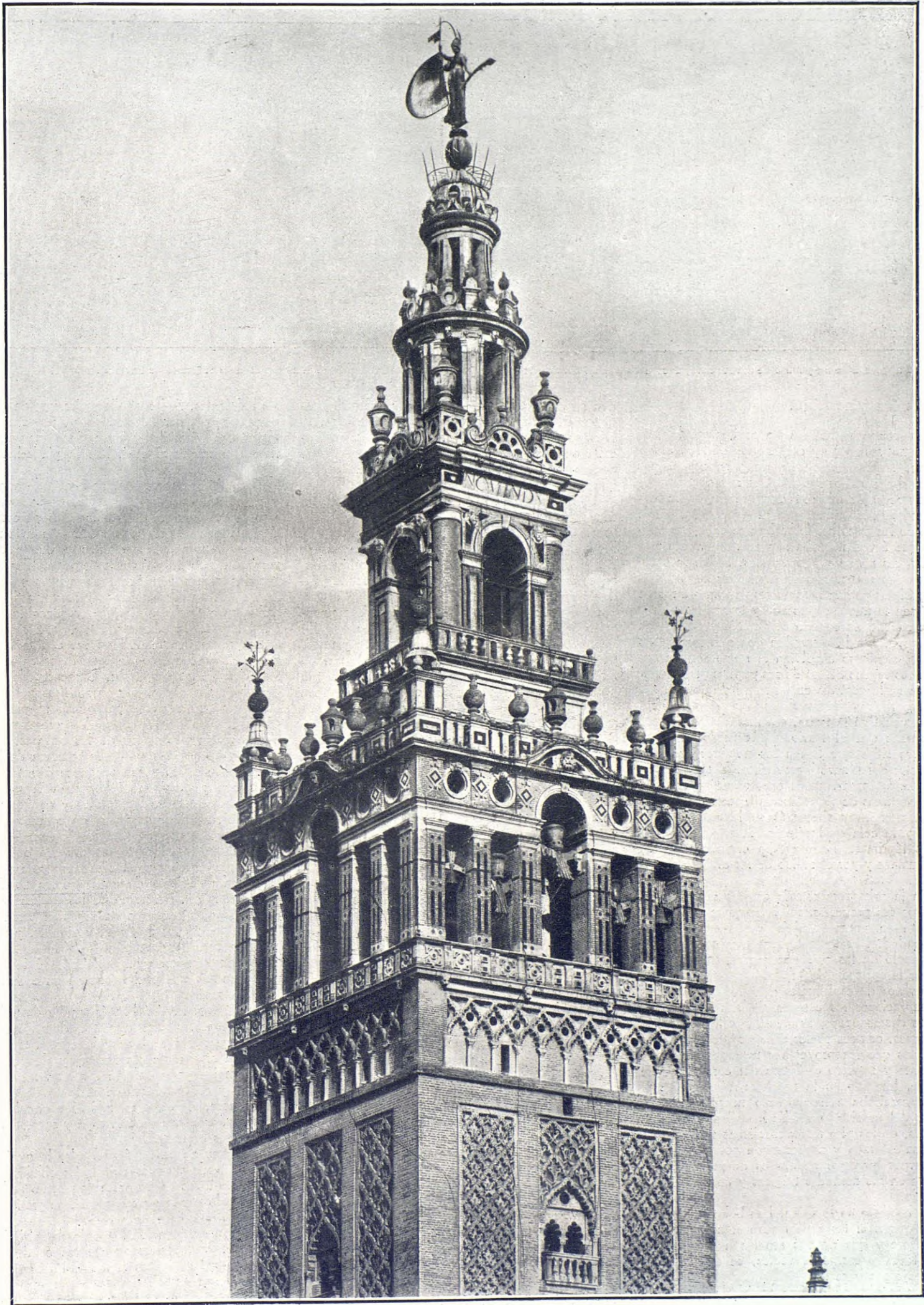
JOYAS DE LA ESCULTURA



Hermoso calvario que remata el retablo del altar mayor de la Catedral de Palencia, construido en 1518 por el insigne escultor Juan de Valmaseda á expensas de Fray Diego de Doza, y que, en escultura policroma, es uno de los ejemplares más notables que existen en España

FOT. LUIS R. ALONSO

SEVILLA MONUMENTAL



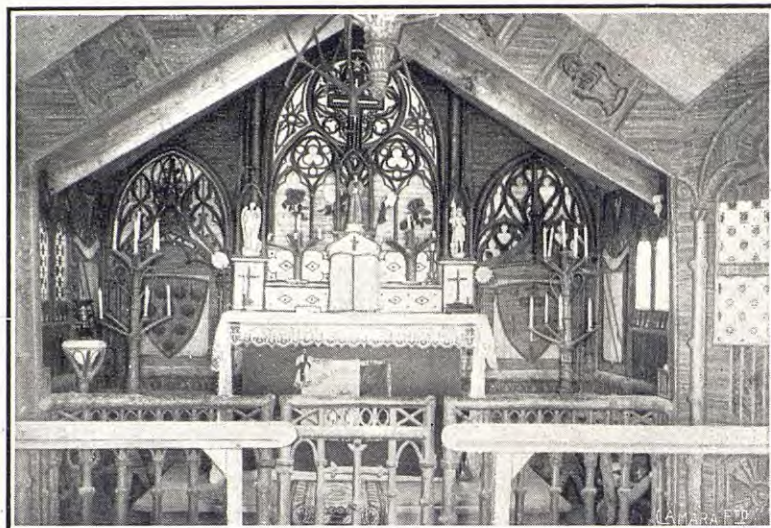
VISTA DEL CAMPANIL DE LA GIRALDA

Esta famosa torre, orgullo de nuestra riqueza monumental, fué construida por iniciativa y mandato de Jacob-ben-Insuf-Al-Manzor, cuando éste, á la muerte de su padre, el Amir Almohade Insuf-ben-Jacob, encargóse de la terminación de este maravilloso monumento religioso.

DE NORTE A SUR



La iglesia de un pueblo de Macedonia, destruida por un bombardeo FOTS. HUGELMANN



Iglesia construida en el frente de batalla ruso

Jesús ha pasado...

Iba lentamente, con las manos á la espalda, en esa actitud resignada y confianzuda de los meditados. Bajo el sombrero de anchas y negras alas se desbordaban sus cabellos rizosos y se acusaba su perfil judaico con la nariz tajante y la barba aguda, blanquecina, como las guedejas, por el polvo de los caminos. Llevaba una capa amplia y larga que á veces inflaba el viento y á veces caía en pliegues rectos y sacerdotales. Sobre la suela y por entre las correas de sus sandalias los pies blanquísimos ponían fugaces resplandores á ras de tierra con la marcha reposada y tranquila.

De cuando en cuando se detenía y miraba en torno suyo. De la penumbra con que las anchas alas del sombrero envolvían el rostro surgían entonces los sendos brillos de sus pupilas glaucas. Y la boca se le contraía en un rictus de dolor.

Largo tiempo llevaba de camino. Apareció repentinamente en la tierra, atravesando los campos y ciudades que el Pasional Recuerdo santificó. Aquellos sitios que tienen los nombres gratos y frecuentes del Nuevo Testamento. Y también los otros donde los orientales cuentos sitúan sus mágicas aventuras de voluptuosidad, fastuo y sangre.

Conforme avanzaba, más se le entristecía el ánimo y le caía en los labios la salobre calidez de las lágrimas. Todo estaba cambiado por el odio humano y por el olvido de las divinas misericordias.

Aún la primavera retenía ocultos sus mensajes y mudos sus preludios. El invierno se adormecía en sí mismo, como un viejo, demasiado viejo en la crueldad. Por lo tanto, era más desolador el espectáculo de las ciudades hambrientas y agitadas por la epilepsia de homicidios gloriosos. Más desprovistos de espirituales desquites y sonrientes contemplaciones los campos sin cultivo, con sus árboles desmochados, astillados por la metralla y los obuses, con sus vuelos siniestros de aeroplanos más altos que los proyectiles menudos del surco humeante y fugitivo en busca del corazón de un hombre, hundido en la trinchera...

No precisaba salvoconducto ni pasaporte el viajero del judaico perfil, de los ademanes lentos y tristes, de los pies resplandecientes sobre la tierra encalienturada y nauseabunda por los millares de cuerpos humanos enterrados de prisa, que se pudrían en sus actitudes trágicas y en su anónimo sacrificio.

Los hombres no le veían. Las balas le respetaban. Apenas si las sutiles yerbecillas, abonadas con sangre y que tímidas asomaban entre cascos de metralla y cartuchos vacíos, se doblaban un poco bajo sus pasos.

Tal vez alguien sintiera temblarle las manos ennegrecidas y encallecidas sobre el arma preñada de muertes ajenas, y le refloraciesen en el corazón palabras de amor y le cruzara ante los ojos un fur-

tivo resplandor que precisara para ser descrito palabras de rezo. Pero esto era bien poca cosa. A lo sumo, el soldado se encogía de hombros y buscaba en una chanza bravucona ó en un disparo certero la compensación de aquel instante de flaqueza.

Y, sin embargo, el viajero se detenía ante las trincheras y bajaba á ellas y ponía sus manos sobre las frentes vendadas de los heridos, como en los grabados simbólicos é ingenuos, y murmuraba frases balsámicasen el oído de los moribundos, cuyos estertores se debilitaban en la soledad y el desamparo de la costumbre cotidiana.

Pero no le oían, no le veían. Ignoraban su retorno á la tierra, porque ya las madres que les hablaron de él ó no existían ó estaban muy lejos, en la calma angustiosa de las esperas demasiado largas. Habían destruido, además, los templos que pudieran evocar su figura y su culto.

Era por esto como un peregrino que llevase roídas las entrañas por el hambre y por la sed, que tuviera llagados los pies por las rutas hostiles, que necesitara refugiar su cansancio y no encontrara donde...

Las ruínas llegaban hasta el horizonte y más allá del horizonte. Pueblos, comarcas enteras, eran escombros humeantes y ennegrecidos. Las perezas aurales del orto estaban infestadas de putrefacción; cuando las horas vesperales, que en otro tiempo tenían, como latidos del corazón del mundo, rumor de campanas, dulces cantos agrarios, y descendían hacia los valles las blanquecinas agrupaciones de los rebaños, el viajero sentía más profunda la desolación trágica, y si miraba al cielo, veía que frente al incendio fingido del sol, los hombres encendían devastadoras luminarias, y mientras de la tierra parecían subir las sombras, á la tierra caían bandadas de cuervos, sobre los cuerpos hinchados de los caballos muertos, con sus patas en alto y sus belfos encogidos para desnudar, en una risa silenciosa é inmóvil, la amarillez de los dientes.

Se encontraba esculturas religiosas que los siglos respetaron, con recientes decapitaciones, con mutilaciones más rápidas que las del tiempo. Hallaba de pronto, ofrecidas á la inclemencia del viento, del sol, de la lluvia y de nuevos cañonazos, los muros interiores de los templos con sus pinturas bizantinas ó románicas que hablaban de épocas remotas...

Los santos, las vírgenes, los profetas con sus halos áureos, con sus vestiduras rígidas y sus rostros extáticos, contemplaban el campo por primera vez, y ellos, acostumbrados á ver los hombres arrodillados y humildes, parecían sorprendidos de verles encañonando contra ellos las armas sacrílegas. Y en lugar del humo leve y adormecedor del incienso que patinaba las bellas policromías murales, el otro humo denso y pegajoso de la pólvora, ó las nubes rastreras y pestíferas de los ga-

ses asfixiantes. A largas distancias surgían los cruceros con sus Cristos desclavados y sin cabeza, con los cuepos llenos de nuevas heridas que ya no derramaban sangre ni excitaban la piedad...

ooo

Pero, inesperadamente, en una tarde aquietada y dulce del Abril melancólico, encontró el viajero la compensación de tantos días de camino y desengaño. Fué no lejos de donde todavía no pudieron enterrar á los muertos y donde el aire zumbaba, silbaba y tronaba de proyectiles, donde bre las ruínas aún brotaban nuevas ruínas, y donde Belona, desmelenada y ronca, agitando la flamígera antorcha y el látigo implacable, ocultó á los hombres la nazarena silueta del peregrino.

Era como una ciudad nueva, con toda la ingenua simplicidad, con la humilde sencillez arquitectónica de las primitivas. Las casas de troncos de árbol, desarrollando toscos estilos y líneas de olvidadas euritmias, se agrupaban al pie de un cerro. Subían en la diaphanidad crepuscular los humos rectos y pacíficos de los hogares. Iban y venían por entre las casas los hombres de barbas hirsutas con cubos y con azadones é instrumentos de alarife y carpintero. Acá se veía un grupo que escuchaba la voz nostálgica y sentimental de un cantor. Allá, junto á un arroyo, varios soldados lavaban sus ropas. Tal hombre modelaba en arcilla una imagen, y tal otro, sentado frente á un caballete, iba reproduciendo sobre un cartón la gracia renaciente de unos árboles floridos.

Y observó el peregrino de las barbas judaicas y de los ojos lucientes de suprema y deliciosa ternura, que no era inadvertido su paso, y que los nombres cuchicheaban al verle y le seguían con la mirada y algunos se entristecían é inclinaban la cabeza sobre el pecho, como interrogándose al propio corazón.

Por último, llegó á la más amplia de todas las construcciones. Era el templo. Con los mismos toscos materiales le habían alzado. Pero en su puerta la cruz abría sus brazos, y dentro, en el altar, las imágenes volvían á ser adoradas y suplicadas y contempladas con respeto.

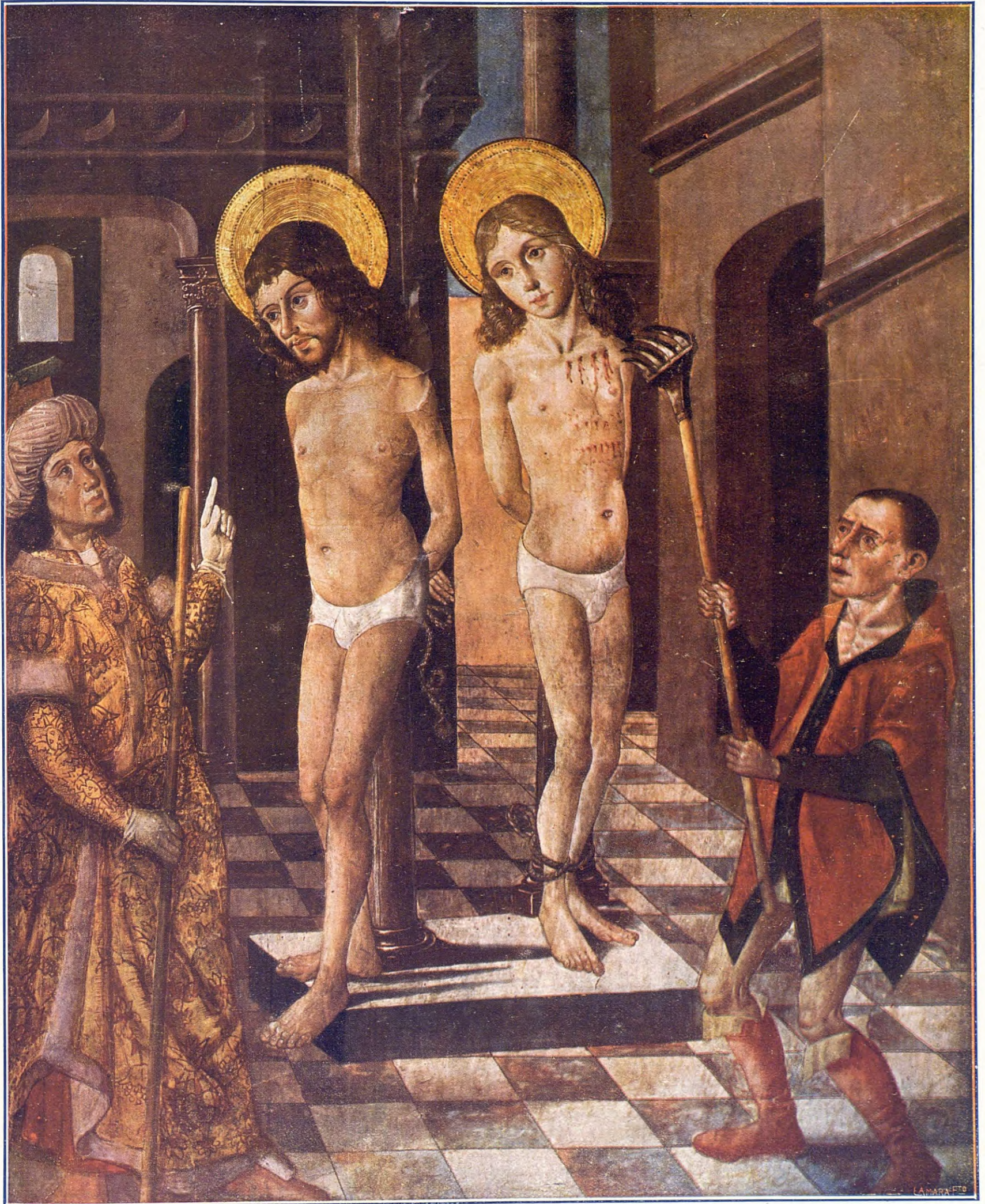
Entonces, el peregrino dejó libre su cabeza del sombrero, se despojó de la capa y surgió el Jesús de los días bíblicos...

Y en vez de enviar á su Padre la queja que, desde la tarde angustiosa de la Crucifixión no había vuelto á sus labios hasta su retorno al mundo enloquecido por la guerra, mostró su gratitud porque no le hubiera abandonado.

Salió ya en silencio el pueblo de soldados por la noche. Velaban solamente los centinelas. Y cuando cruzó ante ellos la silueta luminosa de Jesús, sintieron acariciarles la fe en el triunfo y la seguridad de que en los hogares que la guerra les obligó á abandonar, el amor velaba también...

JOSÉ FRANCES

EL ARTE PRIMITIVO CASTELLANO



SUPPLICIO DE DOS MÁRTIRES

Tabla salmantina del siglo XV, propiedad de Aureliano de Beruete y Moret

DESDE PARÍS
LA FE DE FRANCIA, "LA IMPÍA"...



Marinos y oficiales de la armada francesa, dando guardia de honor á la Virgen del Mar

EN una ocasión, hace años, me permití hablar en Francia de la impiedad francesa. Yo era entonces un español como la mayoría de los españoles, muy inclinado á formular juicios tan definitivos como imprudentes acerca de todo lo ajeno á mi terruño, sin para ello más fundamento que el harto liviano y frágil de mi angosta visión del mundo contemplado desde una cumbre castellana.

Y ocurrió, para mengua de mi vanidad y corrección de mi ignorancia, que en aquella ocasión hablé ante un auditorio compuesto de mujeres y hombres de alcurnia, reunidos en un viejo salón del noble Faubourg Saint Germain.

Discretas por demás, aquellas gentes me dejaron hablar. Y cuando terminé comprendí que había dicho no pocas necedades al ver pasar la fina ironía de una sonrisa por todos los labios, y al sentir caer sobre mis palabras, como una losa de hielo, un silencio de un minuto que á mí se me antojó una eternidad.

Al fin, un hidalgo ingenioso y sutil como por acá saben serlo los hidalgos, Monsieur de Tournefort, se acercó á mí, movido á compasión, y me dijo:

—Señor español: yo quisiera saber dónde y cómo aprendisteis los más íntimos secretos del alma francesa, de ese alma que, sin embargo, cuando es de ley y no de vil imitación, es la más compleja y la más hermética de las almas.

Caí desde toda la altura de mi cumbre castellana, y en rápido examen de conciencia pude establecer que de Francia sólo conocía París, y de París el Boulevard y Montmartre: los dos escenarios cosmopolitas sobre los cuales se agitaba entonces aquella legión de mamarrachos, de caballeros de industria, de profesionales del duelo y del «chantage», pseudo-literatos, pseudo-mosqueteros, pseudo-bohemios y pseudo-personas, llegados de los cuatro extremos del mundo para correr la aventura y distanciarse de una vida pasada y problemática, cambiando de país y hasta de nombre.

Lealmente, confesé todo esto, y mi sincero «mea culpa» fué como un rayo de sol que fundió la losa de hielo. Las sonrisas irónicas se trocaron en francas y perdonadoras risas, y Monsieur de

Tournefort, amparándome con el gesto de su brazo tendido sobre mis hombros, prosiguió:

—Usted confiesa no conocer á Francia, ni siquiera á París... Usted reconoce que habló de nuestra impiedad repitiendo el lugar común que, de boca en boca, anda por esos mundos desde aquella nuestra historia de la Separación... ¡Bien!... Eso está muy bien, señor español... En premio á su franqueza voy á darle un consejo: un consejo que puede servirle de guía para conocer el alma francesa y lo que en ella hay de piedad, y lo que en ella hay de virtud...

Pase usted la mañana de un domingo en la Basílica de Nuestra Señora. Cuente, si puede, los fieles que acuden á las misas, y sobre todo, observe á esos fieles: observe su actitud, su recogimiento, la expresión de sus rostros durante la

oración... Luego, frecuente usted menos el Boulevard y hágase relaciones entre las familias de nuestro pueblo, de nuestra burguesía y de nuestra aristocracia... Viva usted un poco en la intimidad de los grandes, y mucho en la de los pequeños, y entonces sabrá algo de nuestro espíritu y de nuestro corazón, y desechará para siempre dos leyendas que hasta ahora le habrán parecido artículos de fe: la leyenda de nuestra irreligiosidad y esa otra de la ligereza de nuestras mujeres... Y para apreciar en justicia nuestro mérito, pequeño ó grande, use usted de la comparación con los pueblos que le sean familiares, pues aunque las comparaciones son odiosas, fuerza nos es acudir á ellas, amigo mío, para juzgar de esos valores, relativos no más, que son todos los valores humanos...

□□□

Al pie de la letra seguí el consejo de Monsieur de Tournefort... Pasé la mañana de un domingo en la Basílica de Nuestra Señora, y si no pude contar los fieles, fácil me fué, en cambio, observar sus actitudes y sus expresiones, actitudes y expresiones de creyentes á ultranza, de creyentes como no es fácil encontrarlos en aquellas famosas misas domingueras de San José, las que todos conocéis y que huelga comentar.

Menos asequible que las naves de la Basílica es la intimidad de un hogar parisiense, humilde ó alto. Mas cuando al fin se es acogido, cuando se vive en su ambiente de orden y de trabajo, de virtud sin alardes y de convicciones sin intransigencia, entonces—creedme—¡es tan penoso y tan difícil vivir de otra manera y en otra parte!...

Una *vraie jeune fille*, una verdadera muchacha francesa, rica ó pobre, se levanta á las siete de la mañana, toma á las ocho su «Metropolitano», y á las nueve está ya en su oficina ó en su tienda, en el puesto de trabajo donde *gana su vida*, á partir de los quince años. Y, por fortuna suya, esta muchacha pasará á ser mujer sin haber conocido, ni aun sospechado, esa abominable cosa que en España se da por legítima y corriente, y que se llama *la pesca del novio*.

Acaso el mentecato que llegó á París, y que al segundo día de estar en él se creyó en la obligación de hablar de la liviandad de sus mujeres



La oración al pie del Calvario



Un pueblo entero abandona sus hogares para venir á orar al pie de un calvario



Marinos de guerra franceses llevando las cruces parroquiales en una procesión

porque vió sonreír á una docena de cocotas entre la Opera y la Magdalena, no cruzó jamás una palabra con una verdadera *jeune fille*... Pero si osó hablarle, ¿recuerda la mirada de soberano desprecio con que le respondió, helándole todo galante resuello. — *Monsieur, vous vous trompez!*...? Pues esa es la virtud de Francia... Esa es la virtud que jamás percibieron, porque estaba muy alta sobre ellos, aquellos *ci-devant* cronistas de la vida parisense: los que llegaron á Francia ignorados y hambrientos; los que en Francia se ilustraron y enriquecieron; los que, vacíos de talento y desnudos de ingenio, dieron en la grosería como en la única originalidad á su alcance, y en fin, los que llegada la hora trágica, la hora del Calvario, vendieron á Francia por unas ruínas monedas, como Judas vendió á Cristo...

ooo

¡La fe de Francia, «la impía»!... Vedla, esa fe, en el llamado heroísmo de las mujeres, que en la ciudad penan porque nada falte á los hijos pequeños, ni á los otros, á los mayores que



Como un vuelo de palomas, las coifas de las mujeres rodean la antigua iglesia desde cuya humildad tantas oraciones fervientes y sinceras se alzaron hacia el cielo

luchan en el frente, y que en el campo se bastan por sí solas para sostener la vida de la tierra, que es vida del país y que es también su fuerza...

La fe de Francia está en esos marinos que supieron morir como héroes de leyenda en Ypres y en los Dardanelos: en esos marinos que sucumbieron alzando la bandera de su patria con el mismo sereno orgullo con que, en los días de paz, alzaban los estandartes de sus santos, en las procesionales «perdones» de Bretaña.

La fe de Francia está en esos «curas-soldados» que en los campos de batalla, si no pueden matar porque su ministerio se lo impide, saben ir los primeros hacia el enemigo, y al encuentro de la muerte, y caen besando la cruz de sus aceros...

Esa es la fe de Francia, *la impía*: una fe sincera y honda que para sí quisieran muchos pueblos de esos que se envuelven en un ropón de hipocresía

para cubrir la sordidez de su espíritu y para ocultar los harapos de su moralidad. —ANTONIO G. LINARES



Demasiado pequeño para albergar á la multitud que á él acude, el templo del Salvador deja francas sus puertas y la casa de Dios no está sólo entre los muros del crucero, sino también entre las frondas



Jabon
Flores
del
Campo

Páginas amenas de la Perfumería Floralia

SON personajes dos mujeres bellas y frágiles. Una rubia y sentimental; otra ardiente y morena, como la heroína de una leyenda del lejano Oriente.

Hay en la habitación una sutil fragancia que esparcieron las flores de maravilloso color: unas, rojas y encendidas como grandes rubies; otras, pálidas, casi blancas, como si sus hojas fueran de marfil, todas finas y aterciopeladas, como una piel sedosa y brillante.

Para la rubia sentimental las flores son el mejor adorno de la mujer, la eterna caricia de la divinidad sobre la tierra, el aliento fragante de la Naturaleza, y su perfume es el mejor incienso que ofrendar á los cielos. Para la morena ardiente hay algo superior á las flores: es su esencia, el jugo de sus hojas, cuando las manos de las hadas van arrancándolas, una á una, y arrojándolas después en el vientre de un quimérico alambique.

Y de estos pareceres, en apariencia opuestos y en realidad iguales, surge el coloquio íntimo y fraternal en el ambiente saturado de diversos aromas.

La rubia y la morena representan la constante aspiración de la mujer: conservar su be-

lleza, y aun aumentarla, con los adornos de una eterna juventud, de una primavera que nunca acabe. Pero, ¿cómo? ¿Tocándose con flores? ¿Usando el divino aroma de sus hojas, encendidas ó blancas?

He aquí el punto de divergencia entre la morena ardiente y la rubia sentimental.

Una ciencia digna de haber sido descubierta por las hadas ó los gnomos tiene el secreto de la ambicionada juventud. El *Jabón Flores del Campo* tiene una fragancia desconocida hasta ahora para los mismos magos de la alquimia. Claveles, rosas, azucenas, violetas... las flores pasionales, las místicas, las delicadas, las ostentosas, las humildes. Todas ellas, como la gala mejor de la Naturaleza, han dado su fragancia á este jabón, que ha aumentado las maravillas del mundo.

Y ya conformes la rubia sentimental y la morena ardiente, cambian una mirada de placer y enlazan una mirada de alegría, viendo resuelto el problema de la eterna belleza y de la eterna juventud con el uso del *Jabón Flores del Campo*.

DIBUJO DE LOYGORRI

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

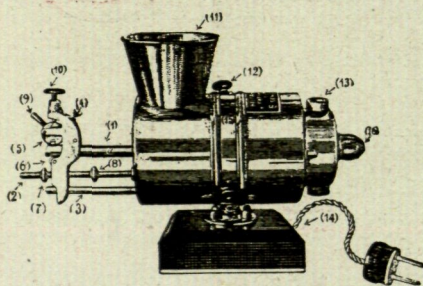
VIGOR **SALUD**
rápidamente obtenidos

con el uso del
VINO DE VIAL

Por su acertada composición
QUINA, CARNE
LACTO-FOSFATO de CAL
es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes,
ancianos, mujeres, niños y todas
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS.



Máquina eléctrica "Hispania"
para hacer cigarrillos

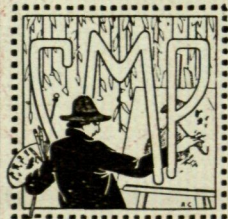
Patente núm. 60.929

Adaptable á cualquier instalación
de alumbrado eléctrico

EDUARDO SCHILLING (S. en C.^{ta})

MADRID: Alcalá, 14.—BARCELONA:
Fernando, 23.—VALENCIA: Paz, 13

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 13
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.



OBRAS Y REVISTAS

nacionales y extranjeras
para las Bellas Artes y las Artes industriales

LIBRERÍA ARTÍSTICA DE C. MARTÍNEZ PÉREZ

Fortuny, 12, y Dr. Dou, 11, BARCELONA
Ventas á plazos y al contado

EDICIONES MODERNAS DE LA CASA:

El Arte en la Carpintería moderna..	Pts. 50	Lápidas del Cementerio de Barcelona	Pts. 35
T. M. Furniture (El mueble moderno)	> 75	Tratado completo de Albañilería.....	> 51
Interiores de Estilos Modernizados...	> 65	Decoraciones de las obras de Wagner	> 70
Muebles de Palacios reales de España	> 75	Documentos Renacimiento Español..	> 30
Lápidas del Cementerio de Valencia..	> 55	La Joya Moderna.....	> 8
Tumbas del Cementerio de Valencia..	> 40	Colecciones de moldes novedad para la pintura decorativa	

ENVÍO DE CATÁLOGOS Á QUIEN LO SOLICITE

Fruta laxante refrescante
contra el

ESTREÑIMIENTO

Almorranas, Bilis,
Embarazo gastrico é intestinal, Jaqueca

TAMAR INDIEN GRILLON

Paris, 13 Rue Pavée
y en todas las farmacias

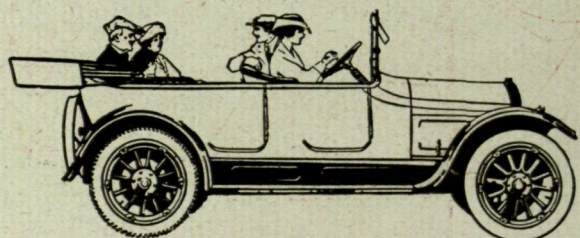
"EL TRUST PAÑERO" NUEVO ALMACÉN DE PAÑOS INGLESES

MAYOR, 24, Y COLOREROS, 1, TIENDA

Este nuevo almacén viene á llenar una necesidad en beneficio del público, presentando un precioso surtido de géneros ingleses, que sólo podían usar antes los aristócratas, por surtirlos únicamente los sastres de lujo, y hoy puede ofrecer esta nueva Casa por metros á precios convenientes.

MAYOR, 24, Y COLOREROS, 1, TIENDA

Overland
Modelo 85-4



13,000 Coches Vendidos Durante Los Primeros 60 Dias

El éxito de este nuevo modelo Overland de cuatro cilindros, ha aumentado sorprendentemente desde el primer día. La fábrica no puede atender prontamente a tantos pedidos.

Ningún otro coche de cuatro cilindros, a un precio parecido, puede igualarse a este modelo Overland. Nótese la belleza de su apariencia debido a la distancia de 112 pulgadas (280 ctms.) entre los ejes.

Fíjese Ud. en el acabado de la caja—un bello café, con la capota y cubierta en el mismo color. Una combinación de belleza y eficiencia—seguridad y potencia—comodidad y economía.

Comparándolo con otros coches de su clase, se hallarán sus muchas cualidades tan superiores.

La hermosura de su diseño—la facilidad con que camina—la potencia de su motor—lo completo de su equipo.

Todas las ventajas importantes que se encuentran en coches más costosos, se han incluido en su construcción.

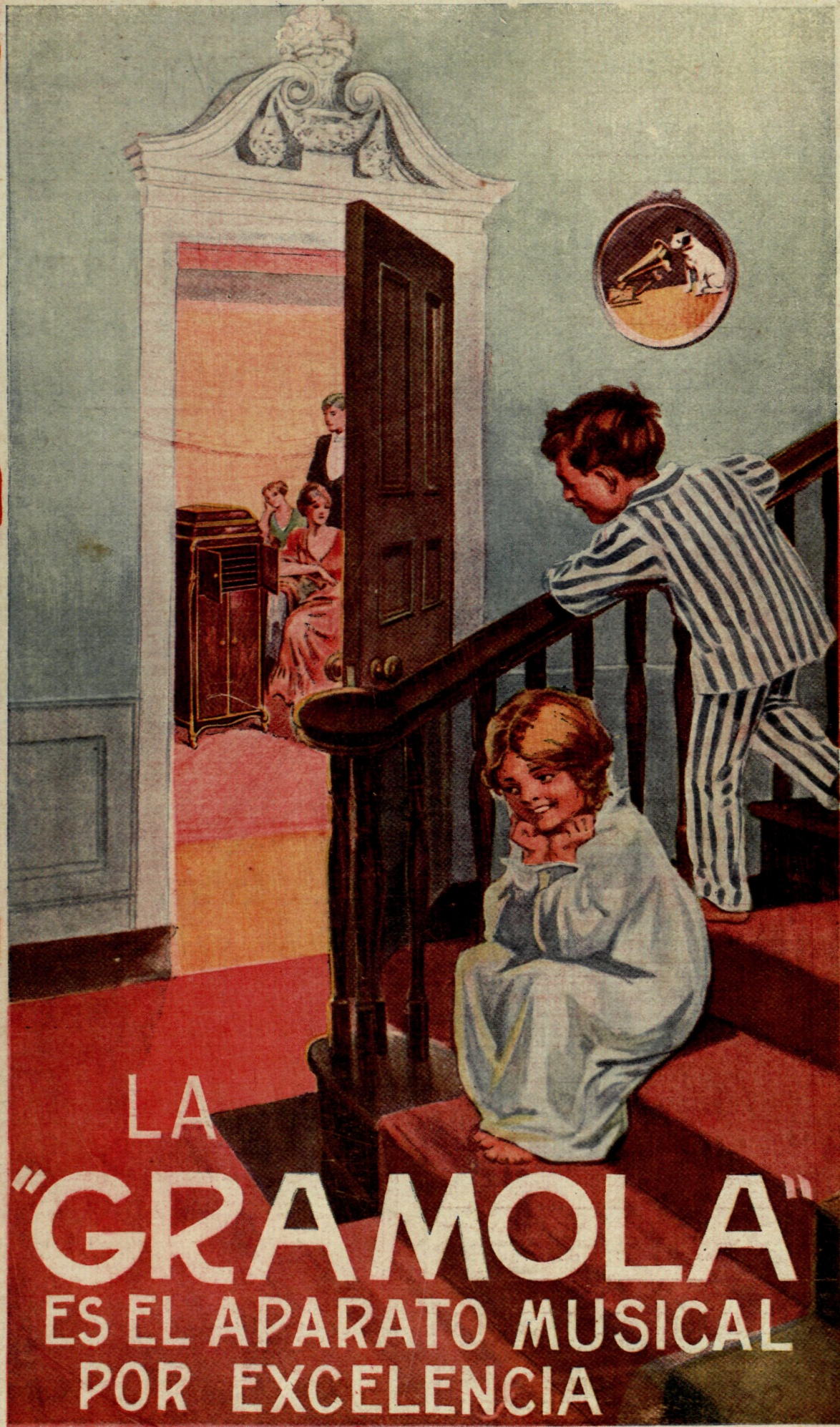
No obstante, este Overland cuesta a Ud. mucho menos. Solicite una demostración. Deseamos explicarle el por qué del éxito de este coche.

Modelo 84-B

El coche Willys-Knight de turismo para cinco pasajeros, la distancia entre los ejes es 114 pulgadas (285 ctms.) y lleva motor Knight.

"SOCIEDAD EXCELSIOR" Comunicación General
Calle Alvarez de Baena, 7, Teléf. S. 426 MADRID

The Willys-Overland Company, Toledo, Ohio, E. U. A.



LA
"GRAMOLA"
 ES EL APARATO MUSICAL
 POR EXCELENCIA

COMPAÑÍA DEL GRAMÓFONO-Sociedad Anónima Española
 BALMES, 56 Y 58.-BARCELONA

AGENTES EN TODAS LAS CAPITALES Y POBLACIONES IMPORTANTES DE ESPAÑA

IMPRENTA DE «Prensa Gráfica», HERMOSILLA, 57, MADRID



PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

res/137